

libro al  
viento

# DIARIOS

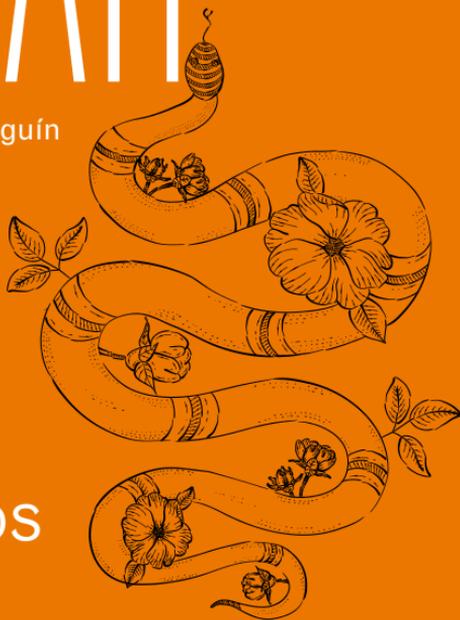
Mark Twain

# DE ADÁN

Traducción de Diego Uribe-Holguín

# Y EVA

Y OTROS RELATOS







## **Libro al Viento**

---

**COLECCIÓN UNIVERSAL**

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.  
Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

## ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Carlos Fernando Galán Pachón

Alcalde Mayor de Bogotá

## SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Santiago Trujillo Escobar

Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

## INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

María Claudia Parías Durán

Directora General

Lina María Gaviria Hurtado

Subdirectora de las Artes

Sylvia Ospina Henao

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Margarita Rosa Gallardo Vargas

Subdirectora de Formación Artística

Andrés Felipe Albarracín Rodríguez

Subdirector Administrativo y Financiero

Alejandra Soriano Wilches

Gerente de Literatura

## PRIMERA EDICIÓN PARA LIBRO AL VIENTO

Bogotá, marzo de 2025

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Óscar Torres Duque, por la presentación

© Diego Uribe-Holguín, por la traducción

Javier Beltrán, dirección editorial

Camila Cardeñoso, diseño de la colección

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Bastarda Type y Camila Cardeñoso, diseño de la tipografía Obispo

Jesús Goyeneche Wilches, corrección de estilo

© AF Bradley, por la fotografía de la página 143

ISBN digital: 978-628-7686-48-9

Multi-impresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Marzo de 2025

## GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

[www.idartes.gov.co](http://www.idartes.gov.co)

[contactenos@idartes.gov.co](mailto:contactenos@idartes.gov.co)

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

DIARIOS  
DE ADÁN  
Y EVA

Y OTROS RELATOS



7

DELEITOSOS PASEOS POR LOS  
MUNDOS DE MARK TWAIN

Presentación

15

RELATO DE UN PERRO

1903

33

LO QUE DESCONCERTÓ  
A LOS ARRENDAJOS AZULES

1880

43

EL BILLETE DE UN MILLÓN DE LIBRAS

1893

81

CUANDO FUI EDITOR  
DE UN PERIÓDICO AGRÍCOLA

1870

93  
EXTRACTOS DEL DIARIO DE ADÁN  
1893

774  
DIARIO DE EVA  
1905

742  
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

743  
EL AUTOR

744  
EL TRADUCTOR

---

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del  
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita  
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

# DELEITOSOS PASEOS POR LOS MUNDOS DE MARK TWAIN

Presentación

REALIZAR UNA PEQUEÑA MUESTRA DEL UNIVERSO creativo de Mark Twain (1835-1910), vasto, diverso, voluminoso y a la vez fragmentario y vertiginoso, es todo un desafío de lectura. Este libro es un tesoro por ello mismo, pues ofrece seis textos completos de distintas épocas y con escenarios diferentes, pero que dan cuenta de la brillantez y la vitalidad verbales de un escritor que ha sido reconocido por tantos autores norteamericanos de resonancia mundial (Bierce, Faulkner, Hemingway, Salinger) como el padre de la literatura moderna estadounidense.

Ni siquiera bastaría con decir que se trata de seis relatos en el sentido literario de lo que en inglés se etiqueta como *short story*. Twain, quien además era ensayista, ágil cronista

y creador de novelas monumentales, prefería pensarse en el reino tradicional y casi popular del *tale*, de la *story*, del *sketch*, y es que si tantas veces ha sido llamado, de manera obvia, humorista, es porque ante todo se burla de la literatura como una manera retórica y artificiosa de expresarse. Quizá por ello nos sigue llegando tan fresco y tan actual en la multiformidad de sus escritos, y desde esa frescura y esa luminosa capacidad para la sátira, la crítica del lenguaje como crítica social y, al mismo tiempo, la tierna afectividad de las criaturas inocentes nos sigue hablando hoy como nos hablaría cualquier paisano, uno del sur fronterizo estadounidense (anterior y posterior a la guerra de Secesión) pero por boca y en circunstancias de narradores y personajes que lo son del mundo entero, de la historia de la humanidad y del planeta que vio surgir y consolidarse la lógica y la axiología del dinero y de las mezquindades de la segregación y el fanatismo.

En estos bellos seis relatos, y a pesar, decíamos, de su diversa temática y sus escenarios discretamente desprovistos de color local, podemos encontrar una y otra vez la sutil obsesión de Twain por el lenguaje y sus manifestaciones tanto negativas, absurdamente negativas, como positivas en sus poderes de expresión afectiva y sensible. Una obsesión que el nativo de Missouri lleva a los límites críticos cuando considera el lenguaje de los animales y sus adversidades por tratar de entender a la

criatura humana. Así lo hallará el lector en textos tan vívidos y dramáticos como “Relato de un perro” o “Lo que desconcertó a los arrendajos azules”. La comunicación allí no es un asunto meramente práctico, sino una necesidad por comprender y hacerse comprender desde una ética y desde los afectos y las emociones. Que los animales se comporten como humanos y hablen y rían y bailen y se enfurezcan y lloren no nos habla de mundos absurdos, fantásticos o extravagantes, sino de cotidianidades en las que el conflicto de la comunicación entre los seres humanos y con todas las otras criaturas de la naturaleza se pone de manifiesto. El lado inocente, es decir, más natural y animal de ese conflicto, lo expone primigeniamente Eva en su diario, que complementa el de Adán en el último opúsculo de este libro y de hecho en la obra y la vida de Mark Twain, pues en efecto los dos diarios se llevan más de diez años de distancia, y a diez años dialogan para conformar una sola e impactante propuesta, “Diarios de Adán y Eva”, cuya “finca” del Edén pudo quedar en los alrededores de las cataratas del Niágara o de la ciudad de Buffalo o del lago Erie pero que finalmente es el planeta entero, donde un dodo pudo ser hallado, protegido y comprendido (por Eva, quien es la primera ecologista del planeta) o donde un brontosaurio, que caminaría toda nuestra tierra sin duda mucho antes de las glaciaciones, no pudo servir de puente para que los

humanos atravesaran los ríos. En la edición inglesa original, el gesto risueño de Twain nos permite saber, como pórtico, que esos diarios de Adán y Eva fueron traducidos directamente (y también descifrados) de los originales, textos que el escritor introductor de los diarios referencia como escritos en jeroglíficos. Por eso nos parece un guiño típicamente metatextual hallar el subtítulo “Traducidos de los manuscritos originales”, un guiño que el lector agradecido sabrá poner en concordancia con el extraordinario trabajo de traducción del colombiano Diego Uribe-Holguín, quien nos ha hecho más fluidos y legibles no solo esos diarios sino también el relato de una perrita presbiteriana (el perro del “Relato de un perro” es una perra, pero también las mezquindades lingüísticas han tabuado nuestras bellas palabras), así como los delirantes monólogos y diálogos de los arrendajos azules (*bluejays*). De estos dice el interlocutor del narrador en el segundo relato que “eran los hablantes más elocuentes que había encontrado entre las aves y las fieras [pues] jamás verá usted a un arrendajo azul quedarse sin palabras”.

Como el científico que era Twain (nacido Samuel Langhorne Clemens, pero autobautizado Mark Twain en honor a su amor al Mississippi y a las prácticas de navegación de los marineros locales y afrodescendientes, que él aprendió), estos textos desarrollan un constante *experimento* (palabra del

glosario twainesco tanto en Adán y Eva como en los animales y en los encopetados personajes de un mundo capitalista y financiero como el de “El billete de un millón de libras”) y es el de llevar a su máximo poder comunicativo la voz de personajes que deben lidiar con situaciones extremas (como la vida misma): una perrita separada de su madre y que desea poner en práctica su consejo de ayudar siempre “al otro”; un arrendajo azul empeñado en llenar de bellotas un agujero que no se llena (porque resulta ser un hueco en el tejado de una casa entera); un náufrago californiano deambulando por la financiera y agitada ciudad de Londres sin más dinero que ¡un billete de un millón de libras esterlinas!; un editor que no sabe nada de agricultura puesto a dirigir y editar un número de un periódico agrícola, y, finalmente, Adán y Eva, antes y después de “la caída”, pero siempre extrañados frente a un mundo pródigo pero que requiere de la armonía entre los dos para ser “domesticado”.

Como digo, todo un pequeño tesoro que abre o prolonga el placer de recorrer los mundos profundos, trastornados y cotidianos de Mark Twain.

Oscar Torres Duque



# DIARIOS

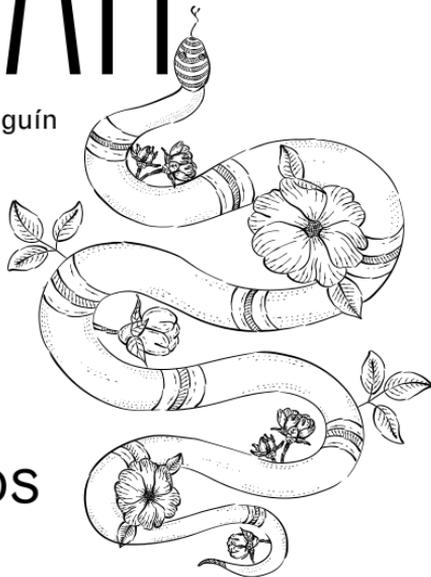
Mark Twain

# DE ADÁN

Traducción de Diego Uribe-Holguín

# Y EVA

Y OTROS RELATOS





# RELATO DE UN PERRO

1903

## CAPÍTULO I

Mi padre era un San Bernardo, mi madre, una *collie*, pero yo soy una presbiteriana. Esto, al menos, es lo que me contó mi madre; yo no sé nada sobre estas elegantes distinciones. Para mí no son más que palabras largas y sofisticadas que no significan nada. Mi madre era aficionada a ellas; le gustaba pronunciarlas y ver a otros perros sorprenderse y envidiarla, como si se preguntaran cómo había llegado a ser tan culta. Sin embargo, no se trataba de una verdadera cultura, sino de pura apariencia: aprendía las palabras escuchando en el comedor y en la sala de estar cuando había visita o acompañando a los niños a la escuela dominical, donde también estaba atenta. Cada vez que oía una palabra difícil, se la repetía a sí misma una y otra vez hasta poder recordarla, y luego, cuando había un encuentro canino en el vecindario, la soltaba para el

asombro y la consternación de todos, desde perros miniatura hasta mastines, y así se retribuía sus esfuerzos. Si había un extraño, lo más probable es que sospechara de ella, y tan pronto recuperaba el aliento le preguntaba qué significaba aquello. Y ella siempre le contestaba. El extraño nunca esperaba esto sino delatarla, así que, al contrario de lo que pensaba, cuando ella le respondía era él quien resultaba avergonzado. Los demás siempre estaban a la expectativa de que esto pasara, y les alegraba que así fuera, puesto que, por experiencia propia, sabían lo que sucedería y se enorgullecían de ella. Cuando les contaba el significado de una palabra difícil, les embargaba tal admiración que a ningún perro jamás se le ocurría dudar si era cierto, y aquello era lo natural, puesto que, por un lado, respondía con tanta prontitud que parecía un diccionario, y, por el otro, dado que era el único perro culto que había, ¿cómo podrían averiguarlo? Al cabo de un tiempo, cuando crecí, llegué una vez a casa con la palabra “iletrado” y se empeñó en usarla bastante durante toda la semana en diferentes encuentros, fomentando la infelicidad y el abatimiento. Fue entonces cuando me percaté de que, en ocho reuniones diferentes esa misma semana, cada vez que le preguntaban su significado ella salía con una definición nueva, lo cual me demostró que era más astuta que culta, pero no dije nada, por supuesto. Había una palabra que siempre tenía presta y a

la mano, como un salvavidas, una suerte de palabra de emergencia a la que se aferraba cuando corría el riesgo de rodar por la borda: la palabra “sinónimo”. Cada vez que sacaba a colación una palabra difícil que ya había tenido su día de gloria unas semanas antes y cuyas definiciones premeditadas ya había desechado, si había un desconocido presente, por supuesto lo dejaba aturdido por un par de minutos y cuando este volvía en sí, ella ya había bajado la guardia y dejado que el viento la llevara en otra dirección. De modo que, cuando este la detenía y le pedía que rindiera cuentas, yo (el único perro al tanto de sus artimañas) podía ver que su velamen vacilaba por un momento..., pero solo un instante: acto seguido se inflaba tenso y henchido, cuando ella, serena como un día de verano, decía: “Es sinónimo de supererogación”, o alguna otra condenada palabra como esa, larga cual reptil, y viraba plácidamente hacia otro rumbo, perfectamente tranquila, naturalmente, y dejaba a aquel desconocido sintiéndose profano y avergonzado y a los iniciados aporreando el piso con sus colas al unísono y los rostros transfigurados por un júbilo divino.

Ocurría lo mismo con las frases. Regresaba a casa con una frase entera que sonara bien rimbombante y la representaba durante seis noches y dos matines, explicándola siempre de manera diferente si era necesario, puesto que lo único que

le importaba era la frase en sí, no su significado, y sabía que, de todos modos, aquellos perros no tenían suficiente astucia para pillarla. ¡Sí, era toda una joya! Tanta era su confianza en la ignorancia de aquellas criaturas que llegó al punto de no temerle a nada. Incluso se permitía remedar las anécdotas que había oído proferir a la familia y a los invitados entre risas y gritos durante la cena. Por lo general terminaba por encajar el meollo de una historia dentro de otra, de manera que no concordaba y no tenía sentido, y cuando remataba el chiste se caía y rodaba por el piso riendo y ladrando de la manera más desquiciada, mientras yo me daba cuenta de que se preguntaba por qué no parecía tan gracioso como la primera vez que lo había oído. Pero aun así salía inmune: los otros también rodaban y ladraban, avergonzados en secreto por no haber captado el punto, mas nunca sospechaban que la culpa no era de ellos y que no había nada que captar.

A partir de estos hechos se podría inferir que su carácter era más bien frívolo y vanidoso; sin embargo, tenía sus virtudes, y suficientes para resarcirse, creo yo. Poseía un corazón y unas maneras nobles, y jamás albergó ningún resentimiento ante las injurias que le acometieron, sino que las apartó fácilmente de su mente y se olvidó de ellas. A sus hijos les enseñó su gentil manera, y de ella también aprendimos a ser valientes y ágiles en momentos de riesgo; a no rehuir, sino enfrentar el

peligro que amenazara tanto al amigo como al desconocido, y a ayudarlo de la mejor manera que pudiéramos sin detenernos a pensar en lo que ello implicara para nosotros. Esto no solo nos lo enseñó con palabras sino con su ejemplo, la mejor manera, la más certera y la más perdurable. ¡Oh, las cosas valientes y maravillosas que hizo! Fue toda una guerrera, y absolutamente modesta... Imposible no admirarla e imitarla. Ni siquiera un King Charles Spaniel podría haber permanecido totalmente desdeñoso ante su presencia. Así que, como pueden ver, ella era mucho más que solo su cultura.

## CAPÍTULO II

Cuando finalmente crecí lo suficiente, me vendieron y me enviaron lejos, y jamás la volví a ver. Ella tenía el corazón roto, y yo también, y ambas lloramos. Pero ella me consoló lo mejor que pudo y dijo que todos éramos enviados a este mundo con un propósito noble y sabio y debíamos cumplir nuestro deber sin lamentarnos, aceptar nuestra vida tal como nos era dada, vivirla por el bien de los demás y nunca preocuparnos por el resultado, pues no nos incumbía. Dijo que los hombres que actuaban así al final obtendrían una recompensa bella y generosa en otro mundo, y aunque nosotros los animales no iríamos allá, hacer el bien y lo correcto sin ser recompensados

les daría a nuestras breves vidas un valor y una dignidad que en sí mismos eran una recompensa. Había aprendido estas cosas poco a poco, cuando acompañaba a los niños a la escuela dominical, las había conservado en su memoria con más cuidado que aquellas frases y palabras y las había estudiado a profundidad, por su bien y el nuestro. Esto nos demuestra que tenía una mente sabia y reflexiva, pese a toda la vanidad y ligereza que también había en ella.

Así que nos despedimos y nos miramos por última vez a través de las lágrimas. Y lo último que me dijo —y que creo se reservó hasta el final para que pudiera recordarlo mejor— fue: “Hazlo por mí: cuando alguien corra peligro, no pienses en ti misma, piensa en tu madre y haz lo que ella haría”.

¿Acaso creen que podría olvidar algo así? Pues no.

### CAPÍTULO III

¡Qué encantador era mi nuevo hogar! Una casa grande, con cuadros, refinadas decoraciones y muebles lujosos. Sin nada de penumbra, sino toda una exuberancia de colores exquisitos que se encendían cuando la luz inundaba los espacios. Y los amplios terrenos que la rodeaban, y el enorme jardín... ¡Ah, la pradera, y los nobles árboles y las flores sin fin! Yo era un miembro más de la familia, y me amaban y me consentían, y

no me pusieron un nombre nuevo sino que me llamaron por el antiguo, que yo estimaba mucho porque mi madre me lo había puesto: Aileen Mavourneen. Lo sacó de una canción; los Gray la conocían y dijeron que era un nombre precioso.

La señora Gray tenía treinta años, y era tan dulce y encantadora... No pueden ustedes imaginarlo. Sadie tenía diez, y era igualita a su madre, una copia adorable y esbelta de ella en pequeño, con sus colitas de color castaño rojizo cayéndole por la espalda y sus vestidos cortos. El bebé tenía un año, era rollizo y tenía hoyuelos, y me adoraba; nunca se cansaba de jalarme la cola y de abrazarme y reír con feliz inocencia. El señor Gray tenía treinta y ocho años, era alto, delgado y apuesto, un poco calvo por delante, alerta, ágil de movimientos, pragmático, diligente, decidido, poco sentimental, ¡y con uno de esos rostros de rasgos cincelados que simplemente parecen relucir y destellar con fría intelectualidad! Era un científico renombrado. No sé lo que quiere decir esa palabra, pero mi madre habría sabido cómo usarla para algún efecto. Habría sabido cómo deprimir con ella a un *terrier* ratonero y hacer que un perro faldero lamentara haber venido. Pero esa no era la mejor, la mejor era “laboratorio”. Mi madre habría podido organizar un fondo fiduciario en torno a ella y despojar de sus collares a toda la manada. El laboratorio no es un libro ni una pintura, ni un lugar para lavarse las manos,

como decía el perro del rector de la universidad; no, eso es un baño. El laboratorio es algo muy distinto, y está lleno de frascos, botellas, aparatos eléctricos, cables y máquinas extrañas. Todas las semanas venían otros científicos a sentarse allí, a usar las máquinas y discutir, y hacer lo que ellos llamaban experimentos y descubrimientos. Y a menudo yo también iba a rondar por aquel lugar, para escuchar y tratar de aprender algo en honor y memoria de mi madre. Aunque para mí era muy doloroso ser consciente de todo lo que ella se estaba perdiendo en la vida y del nulo provecho que yo le sacaba, pues, por mucho que lo intentara, jamás pude comprender absolutamente nada de lo que ocurría allí.

Otras veces me tumbaba a dormir en el taller de la señora mientras ella me usaba como reposapiés, consciente de que me agradaba, pues era como una caricia. Otras, pasaba una hora en el cuarto del bebé, donde me alborotaban el pelo y me hacían feliz, y cuando el bebé dormía y la niñera salía a ocuparse de algún asunto relacionado con él, me mantenía vigilante junto a su cuna. A menudo, me revolcaba y corría por los prados y el jardín con Sadie hasta que quedábamos agotadas, y luego me adormilaba en el pasto a la sombra de un árbol mientras ella leía un libro. De vez en cuando, iba a visitar a los perros vecinos, pues había unos de lo más agradables no muy lejos de allí, y uno muy apuesto y cortés y elegante: un

*setter* irlandés de pelo rizado llamado Robin Adair. Era un presbiteriano como yo y le pertenecía a un pastor escocés.

Los sirvientes de nuestra casa eran todos muy amables conmigo y me tenían cariño, así que, como pueden ver, mi vida era muy placentera. No podía haber un perro más feliz que yo, ni más agradecido. Diré esto con certeza, pues no es más que la verdad: siempre me empeñé en hacer el bien y obrar correctamente, y honrar la memoria de mi madre y sus enseñanzas, y ser digna de la felicidad que me había tocado como mejor pude.

Con el tiempo llegó mi pequeño cachorro, y entonces mi copa estuvo llena: mi felicidad era completa. Era la cosita más adorable y ondulante, y tan blando y suave y aterciopelado... Sus torpes patitas eran tan lindas y sus ojitos, tan cariñosos, y su carita, tan dulce e inocente... Yo me sentía orgullosa al ver cómo los niños y su madre lo adoraban y lo acariciaban, y exclamaban admirados ante cada pequeña cosa que hacía. En efecto, me llegó a parecer que la vida era demasiado maravillosa para...

Entonces llegó el invierno. Un día me encontraba haciendo guardia en el cuarto del bebé, es decir, estaba durmiendo sobre la cama mientras el bebé dormía en la cuna, la cual estaba al lado, junto a la chimenea. Era el tipo de cuna que tiene encima un toldo elevado, hecho con una especie de gasa

traslúcida. La niñera se había ausentado y los dos dormíamos solos. De repente, una chispa saltó del fuego y encendió la falda del toldo. Supongo que transcurrió un intervalo de silencio; luego, un grito del bebé me despertó, ¡y allí estaba ese toldo llameando hasta el techo! Sin pensarlo, brinqué espantada al suelo y, en menos de un segundo, estaba a medio camino de la puerta. Pero, antes de que aquel segundo terminara, las palabras de despedida de mi madre resonaron en mis oídos y me encontré de nuevo sobre la cama. Introduje la cabeza a través de las llamas, agarré al bebé de la pretina y lo arrastré hasta que ambos caímos al piso en medio de una nube de humo. Agarrándola de nuevo, arrastré a la pequeña criatura que daba alaridos a través de la puerta y doblé la esquina del corredor, y aún seguía arrastrándola, nerviosa y feliz y llena de orgullo, cuando oí los gritos de mi amo:

—¡Largo de aquí, maldita bestia!

Salté para ponerme a salvo, pero él era asombrosamente rápido y me persiguió golpeándome iracundo con su bastón, mientras yo, muerta de miedo, iba de un lado a otro para esquivarlo, hasta que por fin un golpe fuerte me alcanzó en la pata delantera izquierda y me hizo chillar y caer indefensa unos instantes. El bastón se elevó para asestarme otro golpe, pero no descendió, pues la voz de la niñera se alzó desafortada:

—¡El cuarto del bebé está en llamas!

Y mi amo arrancó enseguida en esa dirección, y mis otros huesos se salvaron.

El dolor era terrible pero no me importó, no debía perder el tiempo; el señor podría volver en cualquier momento, así que, cojeando en tres patas, me dirigí al final del corredor, donde había una estrecha y oscura escalera que llevaba al desván en el que guardaban cajas y trastos viejos, según había oído, y a donde rara vez iba alguien. Logré trepar hasta allí y, en la oscuridad, anduve a tientas entre las pilas de objetos y me oculté en el lugar más secreto que pude encontrar. Era absurdo tener miedo en ese lugar pero aun así lo tenía, tanto miedo que me contuve y apenas gemía, aunque habría sido muy reconfortante hacerlo, porque alivia el dolor, como ustedes saben. Pero pude lamerme la pata, y eso me ayudó un poco.

Durante media hora hubo un gran alboroto en el piso de abajo, y gritos y pasos apresurados, y luego volvió el silencio. El silencio duró unos minutos y mi espíritu lo agradeció, pues comenzó a mermar mi miedo, y el miedo es peor que el dolor, ¡ay, mucho peor! Entonces oí algo que me dejó paralizada. Me estaban llamando... Me llamaban por mi nombre... ¡Querían atraparme!

Las voces sonaban apagadas por la distancia, pero no por eso eran menos terribles, y aquel era el sonido más espantoso que jamás había oído. Se oían aquí y allá, por todas partes,

allí abajo: en los corredores, en las habitaciones, en ambas plantas, en el sótano y en la bodega; después afuera, más y más lejos... y de nuevo más cerca, y otra vez por toda la casa. Creí que jamás cesarían, pero finalmente lo hicieron, horas y horas después de que la luz crepuscular dentro de la buhardilla hubiera sido reemplazada por la más profunda oscuridad.

Entonces, en aquella sagrada quietud, mis miedos se fueron disipando poco a poco, me sentí en paz y me dormí. Descansé bien, pero me desperté antes del amanecer. Ahora me sentía bastante a gusto y pude idear un plan. Desarrollé uno muy bueno: consistía en bajar a escondidas por las escaleras traseras, ocultarme tras la puerta de la bodega y, al amanecer, cuando viniera el hombre que traía el hielo, escabullirme mientras él estuviera ocupado llenando el refrigerador. Luego me escondería durante todo el día y emprendería la marcha al caer la noche. Me iría a... bueno, a donde sea que no me reconocieran y no pudieran devolverme a mi amo. Casi que comenzaba a sentirme feliz cuando, de repente, pensé: “¡Vaya, qué sería de mi vida sin mi cachorro!”

Me sentí desesperar. Me percaté de la futilidad de mi plan. Debía quedarme donde estaba; quedarme allí y esperar y aceptar lo que tuviera que pasar. Aquello no dependía de mí, la vida era así, como había dicho mi madre. Y entonces..., ¡entonces comenzaron a llamarme de nuevo! Todas mis angustias regresaron.

Me dije a mí misma que mi amo jamás me perdonaría. No sabía qué había hecho para que se mostrara tan resentido y despiadado. Supuse que era algo que un perro era incapaz de entender, pero que para un hombre resultaba evidente y terrible.

Me llamaron sin cesar, durante días y noches, según me pareció. Pasó tanto tiempo que el hambre y la sed casi me hacen perder el juicio, y comprendí que me estaba poniendo muy débil. Cuando se está así, se duerme mucho, y eso hice. Una vez me desperté muerta de miedo. ¡Me pareció que las voces estaban justo allí, en la buhardilla! Y era cierto: era la voz de Sadie, y estaba llorando. La pobre criatura pronunciaba mi nombre con voz quebrada, y yo no daba crédito a mis oídos ante el júbilo que me produjo oír la decir:

—Vuelve con nosotros... Ay, vuelve con nosotros y perdónanos. Todo es demasiado triste sin nuestra...

La interrumpí con un ladrido *tan* lleno de gratitud, y un instante después Sadie estaba corriendo y tambaleándose a través de la oscuridad y los trastos y gritando para que toda la familia la oyera:

—¡La encontré! ¡La encontré!

¡Vaya si fueron fabulosos los siguientes días! Sadie y su madre y los sirvientes parecían rendirme culto. Ninguna cama parecía ser suficientemente buena para mí, y en cuanto a la

comida no estaban satisfechos con darme nada que no fuera carne y manjares que estuvieran fuera de temporada, y todos los días amigos y vecinos acudían a que les contaran sobre mi heroísmo —ese fue el nombre que le dieron, y quiere decir “agricultura”, pues recuerdo que mi madre una vez le soltó la palabra a una jauría y la explicó de esa manera, aunque no dijo su significado, solo que era sinónimo de “incandescencia interior”—, y Sadie y la señora Gray repitieron la historia miles de veces a los recién llegados, diciendo que yo había arriesgado mi vida para salvar al bebé y que ambos teníamos quemaduras que lo demostraban. Entonces los invitados me pasaban de unas manos a otras para consentirme y alagarme, y el orgullo en los ojos de Sadie y de su madre era evidente. Y cuando las personas querían saber sobre mi cojera, ellas se avergonzaban y cambiaban de tema, y cuando las acosaban de una u otra manera con preguntas al respecto, me daba la impresión de que estaban a punto de romper a llorar.

Y estos no fueron los únicos honores, no. Un día vinieron los amigos de mi amo, una veintena de distinguidos caballeros, y me llevaron al laboratorio y hablaron de mí como si fuera algún tipo de descubrimiento. Algunos dijeron que aquello era una maravilla en una bestia sin sentido, la más notable muestra de instinto que podían recordar. Pero mi amo respondió con vehemencia:

—Es algo muy superior al instinto, es *raciocinio*, y muchos hombres que tendrán el privilegio de salvarse y partir con ustedes y conmigo a un mundo mejor por el derecho de poseerlo tienen menos de él que este pobre y tonto cuadrúpedo que está condenado a perecer para siempre. —Y entonces se echó a reír y prosiguió—: Solo mírenme a mí, ¡cuánta ironía! Dios mío, con mi magnífica inteligencia lo único que pude inferir fue que la perra se había vuelto loca y estaba atacando al niño, mas si no fuera por su inteligencia, que, se los digo, es puro *raciocinio*, ¡el niño habría muerto!

Discutieron y discutieron, y yo era el centro y el objeto de toda la discusión, y deseé que mi madre supiera que este gran honor había recaído en mí. Habría estado orgullosa.

Luego se pusieron a hablar de óptica, como ellos lo llamaron, y de si una determinada lesión cerebral podría producir ceguera o no, pero no lograron ponerse de acuerdo y dijeron que debían someterlo a un experimento. Después discutieron sobre plantas, y eso sí que me interesó, pues en el verano Sadie y yo habíamos plantado unas semillas —yo le ayudé a cavar los hoyos, por supuesto—, y tras días y días brotaron pequeñas plantas y flores, y me maravillaba que algo así pudiera suceder. Pero sí sucedía, y deseé poder hablar... Se los habría contado a aquellos hombres para mostrarles cuánto sabía y contagiarles mi entusiasmo. Pero la óptica no me interesaba,

era un tema aburrido, y cuando lo retomaron me cansé y me quedé dormida.

Muy pronto llegó la primavera, soleada, apacible y encantadora, y aquella dulce madre y los niños nos dieron unas palmaditas de despedida a mí y a mi cachorro y se fueron de viaje para visitar a sus parientes. Mi amo no nos hacía ninguna compañía, pero jugábamos los dos y la pasábamos bien. Los sirvientes estuvieron muy atentos y amables, así que fuimos bastante felices, pero contábamos los días esperando a que regresara la familia.

Un día volvieron aquellos hombres y dijeron que ya era hora de hacer una prueba y se llevaron a mi cachorro al laboratorio. Yo los seguí cojeando con mis tres patas, sintiéndome orgullosa, pues cualquier muestra de atención hacia él me producía placer, por supuesto. Discutieron y experimentaron, y de pronto el cachorro soltó un chillido y lo pusieron en el suelo y comenzó a tambalearse con la cabeza toda ensangrentada, y mi amo aplaudió con fuerza y exclamó:

—Ahí lo tienen. He ganado. ¡Confíésenlo! ¡Está más ciego que un murciélago!

Y todos dijeron:

—Es cierto, ha demostrado su teoría, y la sufriente humanidad tiene una gran deuda con usted a partir de ahora— y se arremolinaron a su alrededor y le estrecharon la mano con cordialidad y agradecimiento para elogiarlo.

Pero yo apenas prestaba atención a estas cosas, pues corrí enseguida hacia mi adorado pequeño; me acurruqué junto a donde él yacía y le lamí la sangre y apoyé mi cabeza contra la suya gimiendo suavemente, y en el fondo de mi corazón sabía que, en medio de su angustia y su dolor, le era reconfortante sentir el tacto de su madre, aunque no pudiera verme. Entonces, en aquel instante, se desplomó, y apoyó en el suelo su pequeña nariz aterciopelada y se quedó quieto, y no volvió a moverse más.

Al momento, mi amo interrumpió lo que estaba diciendo, llamó al mayordomo y dijo:

—Entiérrelo al fondo del jardín.

Luego prosiguió su discurso, y yo salí trotando tras el mayordomo, muy contenta y agradecida, pues sabía que el cachorro había dejado de sufrir al quedarse dormido. Atravesamos el jardín hasta el extremo más lejano, donde los niños, la niñera, el cachorro y yo solíamos jugar en el verano a la sombra de un gran olmo, y allí el mayordomo comenzó a cavar un hoyo. Cuando vi que se disponía a plantar al cachorro, me sentí contenta, pues sabía que crecería hasta convertirse en un perro apuesto y elegante, como Robin Adair, y que la familia se llevaría una gran sorpresa cuando volviera a casa, así que traté de ayudarlo, pero mi pata coja, tiesa como estaba, no servía de nada, naturalmente, y hace falta tener dos patas

para cavar o si no, no se puede. Cuando el mayordomo hubo terminado de enterrar al pequeño Robin, me palmeó la cabeza, con lágrimas en los ojos, y dijo:

—Pobre perrita. Y tú que salvaste a *su* hijo...

He estado observando dos semanas enteras, ¡y nada que crece! Durante los últimos días ha comenzado a embargarme un cierto temor. Presiento que hay algo terrible en todo esto. No sé qué es, pero el miedo me pone enferma, y soy incapaz de comer, a pesar de que los sirvientes me traen la mejor comida y me consienten, e incluso vienen de noche y lloran y me dicen:

—Pobre perrita... Ya olvídalo y vuelve a la casa. ¡No nos partas el corazón!

Y todo esto me aterrera aún más, y me confirma que algo malo ha sucedido. Y me siento tan débil... Desde ayer soy incapaz de tenerme en pie. Y en esta última hora, mirando hacia donde se ha puesto el sol y comienza a levantarse el frío de la noche, los sirvientes dicen cosas que no logro comprender, pero que le transmiten algo gélido a mi corazón.

—¡Pobres niños! Ni siquiera se lo imaginan... Llegarán a casa en la mañana y preguntaran ansiosos por la perrita que hizo aquella valiente hazaña, y quién de nosotros tendrá el valor para decirles la verdad: “Su pequeña y humilde amiga se ha ido a donde los animales van cuando mueren”.

# LO QUE DESCONCERTÓ A LOS ARREDAJOS AZULES

1880

LOS ANIMALES HABLAN UNOS CON OTROS, POR supuesto. De eso no cabe duda, pero supongo que muy pocas personas los comprenden. Solo he conocido a un hombre capaz de hacerlo. Lo supe, sin embargo, porque él mismo me lo dijo. Era de mediana edad, un minero de espíritu sencillo que había vivido durante muchos años en un rincón solitario de California, entre bosques y montañas, y había estudiado las costumbres de sus únicos vecinos, las fieras y las aves, hasta que le pareció que podía traducir con precisión cualquier comentario que hacían. Este hombre era Jim Baker. Según Jim Baker, algunos animales tienen una educación limitada, de modo que solo utilizan palabras muy sencillas y rara vez recurren a comparaciones o a un lenguaje florido, mientras

que otros poseen un vocabulario más amplio, un excelente dominio del lenguaje y una expresión oral más fluida y precisa. En consecuencia, estos últimos hablan mucho, les gusta hacerlo, son conscientes de su talento y disfrutan jactándose de él. Baker me contó que, tras una larga y detallada observación, había llegado a la conclusión de que los arrendajos azules eran los hablantes más elocuentes que había encontrado entre las aves y las fieras. Me dijo:

“Un arrendajo azul es más extraordinario que cualquier otra criatura. Tiene más estados de ánimo y una mayor variedad de sentimientos que las otras, y, fíjese usted, cualquier cosa que sienta es capaz de expresarla en palabras. Y no con un lenguaje corriente, sino con un discurso vibrante, cual si fuera un libro, ¡y repleto de metáforas, también! ¡Plagado de ellas! En cuanto a su dominio del lenguaje, bueno, pues jamás verá usted a un arrendajo azul quedarse sin palabras. *Nadie* lo ha hecho. ¡Simplemente les brotan solas! Y otra cosa: me he fijado bastante y no existe ningún pájaro ni ninguna vaca ni nada que use una gramática tan correcta como ellos. Podría decirse que los gatos tienen buena gramática, es cierto... pero tan solo deje usted que un gato se enfurezca un momento, deje que se desgarre el pellejo con otro sobre un tejado de noche y oirá una gramática que le dislocará la mandíbula. Los ignorantes piensan que es el *ruido* que hacen los gatos

al pelear lo que resulta insoportable, pero no es eso, es la gramática tan repugnante que usan. Ahora bien, salvo en muy pocas ocasiones he oído a un arrendajo usar mal la gramática y, cuando lo hacen, se avergüenzan tanto de ello como los humanos y enseguida se callan y se van.

”Se podría llamar pájaros a los arrendajos. Bueno, en cierta medida lo son, porque tienen plumas y no pertenecen a ninguna iglesia, probablemente, pero por lo demás son tan humanos como nosotros. Y le diré por qué. Los dotes, los instintos, los sentimientos y los intereses de los arrendajos lo abarcan todo. Un arrendajo no tiene más principios que un congresista: es capaz de mentir, de robar, de engañar, de traicionar, y cuatro de cinco veces se retractará de su promesa más solemne. El carácter sagrado de una obligación es algo que simplemente no se les puede meter en la cabeza. Además, encima de todo esto, hay otra cosa: un arrendajo puede superar en insultos a cualquier caballero de las minas. Uno pensaría que un gato sabe insultar y, bueno, sí que sabe, pero si a un arrendajo se le toca un tema que requiera de todos sus poderes de reserva, ¿qué será del gato? No me hable de eso a *mí*, lo sé demasiado bien. Y aún hay otra cosa más: en lo que se refiere a dar una reprimenda —de una buena, limpia y verdadera reprimenda—, un arrendajo puede superar a cualquiera, sea humano o divino. Sí, señor, un arrendajo es igual

a un hombre en todos los sentidos. Puede llorar, puede reír y puede sentir vergüenza, y es capaz de razonar, hacer planes y debatir. Disfruta de los chismes y el escándalo, tiene sentido del humor y sabe cuándo está haciendo el ridículo tanto como nosotros, o tal vez más. Si un arrendajo no es humano, fácilmente podría pasar por uno, eso es todo. Ahora voy a contarle un hecho absolutamente cierto sobre los arrendajos.

”Cuando comencé a comprender su lenguaje correctamente, ocurrió aquí un pequeño incidente. Hace siete años, el último hombre que habitaba esta región aparte de mí se marchó. Ahí sigue en pie su casa, vacía desde entonces; es una cabaña de madera, con el tejado de tablones, de una sola estancia y nada más, sin cielorraso, es decir, sin nada entre las vigas y el suelo. Bueno, pues un domingo por la mañana me encontraba sentado frente a mi cabaña con mi gato, tomando el sol, contemplando las colinas azules y oyendo el solitario susurro de las hojas en los árboles, pensando en mi lejano hogar, allá en otro estado, del que no había tenido noticia en trece años, cuando un arrendajo azul aterrizó sobre aquella casa con una bellota en el pico y dijo:

”—Hola, me parece que he tropezado con algo.

”Cuando habló, la bellota cayó de su boca y rodó por el techo, por supuesto, pero a él no le importó; su mente estaba concentrada en aquello con lo que había tropezado. Se

trataba de un agujero en un nudo de la madera. Ladeó la cabeza, cerró un ojo y arrimó el otro al agujero, como una zari-güeya mirando adentro de una jarra. Entonces alzó sus ojos vivaces, aleteó un par de veces —lo cual, como usted supone, indica satisfacción— y dijo:

”—Parece un agujero, está ubicado como si fuera un agujero, ¡podría jurar que es un agujero!

”Después inclinó la cabeza hacia abajo y echó otro vistazo, y esta vez, lleno de alegría, sacudió las alas y la cola y dijo:

”—¡Ah, no, esto no es cualquier cosa, sin duda! ¡Vaya si no he tenido suerte! ¡Pero si es un agujero de lo más elegante!

”Así que bajó volando para recuperar la bellota, la llevó de regreso al tejado y la dejó caer por el agujero. Y justo estaba enderezando la cabeza, con una sonrisa de absoluta beatitud, cuando, de repente, se quedó paralizado con actitud atenta, y aquella sonrisa, que desapareció gradualmente de su semblante, como el vaho sobre una cuchilla, fue remplazada por la más extraña expresión de sorpresa. Entonces dijo:

”—¡Vaya, no la he oído caer!

”Acercó de nuevo el ojo al agujero y echó una buena mirada; se enderezó y sacudió la cabeza; rodeó el agujero, echó un vistazo desde el otro lado y volvió a sacudirse. Lo examinó por un tiempo y después comenzó a detenerse en los detalles, dándole vueltas y vueltas y fisgando a través de él desde todos

los puntos cardinales. No sirvió de nada. Entonces adoptó una actitud pensativa sobre la cumbrera del tejado y se rascó la nuca con la pata derecha durante un minuto, y finalmente dijo:

—Bueno, es evidente que esto es demasiado complicado para *mí*. Debe ser un agujero tremendamente profundo. Sin embargo, no puedo andar perdiendo más el tiempo. Debo resolver este asunto. No sé si sea posible... pero tendré que arriesgarme.

”Así que bajó volando, recogió otra bellota, la dejó caer por el agujero y se apresuró a arrimar el ojo para ver lo que ocurría, pero era demasiado tarde. Mantuvo el ojo allí durante al menos un minuto; luego se enderezó, suspiró y dijo:

—¡Maldición! Parece que no hay manera de que pueda comprender esto. Pero bueno, lo intentaré otra vez.

”Recogió otra bellota e hizo lo mejor que pudo para ver lo que ocurría con ella pero no lo consiguió. Dijo:

—Bueno, jamás me había topado con un agujero semejante. En mi opinión, se trata de un tipo de agujero completamente nuevo.

”Entonces comenzó a enojarse. Se contuvo por un tiempo, caminando de un lado a otro de la cumbrera, meneando la cabeza y mascullando para sí, pero sus emociones terminaron por ganarle el pulso y estalló en insultos hasta tornarse púrpura. Jamás he visto a un pájaro ponerse así por semejante nimiedad.

Cuando se recompuso, caminó hasta al agujero y miró otra vez dentro de él durante medio minuto. Entonces dijo:

—Bueno, pues eres un agujero muy grande y profundo, y un agujero tremendamente particular en todos los sentidos, pero ya he comenzado a llenarte, ¡y que me lleve el diablo si *no* te lleno del todo! ¡Aunque me tome cien años!

”Y dicho esto se puso a hacerlo. Jamás en su vida ha visto usted trabajar tanto a un pájaro. Acometió su labor como si su vida dependiera de ello, y la manera en que depositó bellotas dentro de ese agujero durante casi dos horas y media es uno de los espectáculos más emocionantes y asombrosos que jamás he presenciado. No volvió a detenerse a mirar, simplemente las depositaba adentro e iba por más. Bueno, pues al final apenas podía mover las alas, de tan exhausto que estaba. Bajó en pica-da una última vez, sudando como un balde de hielo, dejó caer la bellota adentro y dijo:

—¡*Ahora* sí me parece que te he vencido!

”Y se inclinó para echar un vistazo. Pero, aunque usted no lo crea, cuando levantó la cabeza de nuevo, estaba pálido de ira. Dijo:

—¡He metido suficientes bellotas ahí dentro para alimentar a mi familia por treinta años, y si puedo ver el rastro de una sola, que me exhiban en un museo con las tripas llenas de aserrín en menos de dos minutos!

”Apenas tuvo fuerzas suficientes para arrastrarse hasta la cumbreira y apoyarse de espaldas contra la chimenea, y entonces repasó sus impresiones y comenzó a dar rienda suelta a sus pensamientos. En menos de un segundo comprendí que lo que había tomado erróneamente como blasfemias entre los mineros no eran más que los rudimentos, por así decirlo.

”Otro arrendajo pasaba por ahí, lo oyó recitar sus plegarias y se detuvo a preguntar qué sucedía. El desdichado le contó toda la situación y dijo:

”—Allí mismo está el agujero y si no me crees, ve y compruébalo tú mismo.

”Así que el otro pájaro fue a echar un vistazo, y al volver dijo:

”—¿Cuántas dices que has metido ahí?

”—No menos de dos toneladas —respondió el infeliz.

”El otro arrendajo fue a mirar de nuevo. No parecía comprenderlo, así que lanzó un graznido y acudieron tres arrendajos más. Todos examinaron el agujero, hicieron que el desdichado relatara lo ocurrido otra vez, lo debatieron y sacaron tantas conclusiones estúpidas sobre ello como un grupo promedio de humanos habría hecho.

”Llamaron a más arrendajos, y luego a más, y más, hasta que toda la región pareció teñirse de azul. Debía de haber unos cinco mil, y jamás ha oído usted una manera de parlotear, discutir, reñir y maldecir semejante. Cada uno de esos

arrendajos miraba a su vez por el agujero y daba una explicación más descabellada sobre aquel misterio que el anterior. También examinaron toda la casa. La puerta estaba entreabierta y, finalmente, un viejo arrendajo se posó casualmente sobre ella y se asomó adentro. Por supuesto, eso acabó con la confusión en un segundo. Allí estaban las bellotas, esparcidas por todo el suelo. Batió las alas y lanzó un grito de júbilo.

”—¡Vengan! —dijo—. ¡Vengan todos! ¡Que me cuelguen si este tonto no ha estado tratando de llenar una casa entera de bellotas!

”Todos se abalanzaron en picada como una nube azul, y a medida que cada uno de sus compañeros se asomaba por la puerta para echar un vistazo, el primer arrendajo comprendió lo absurda que había sido la empresa que había acometido y cayó de espaldas, ahogado de risa, y cuando el siguiente arrendajo se asomó por allí le ocurrió lo mismo.

”Pues bien, señor, allí estuvieron posados sobre el tejado y lo árboles durante una hora, riéndose a carcajadas de lo ocurrido como si fueran seres humanos. Es inútil tratar de convencerme de que los arrendajos no tienen sentido del humor, pues yo sé que sí. Y tienen memoria, también. Hicieron venir a arrendajos de todo Estados Unidos para que miraran por ese agujero todos los veranos durante tres años. Y también a otras aves. Y todas captaron el chiste, excepto por un búho

que había venido desde Nueva Escocia para visitar Yosemite y se topó con esto en el camino de regreso. Dijo que no lo encontraba gracioso en absoluto. Pero claro, según él, Yosemite también lo decepcionó bastante”.

# EL BILLETE DE UN MILLÓN DE LIBRAS

1893

CUANDO TENÍA VEINTISIETE AÑOS, TRABAJABA como oficinista de una agencia de minas en San Francisco, y era un experto en todos los detalles del mercado de valores. Me encontraba solo en el mundo y no contaba con nada salvo mi ingenio y una reputación inmaculada, pero estas cualidades me estaban encaminando hacia una fortuna inminente, y me sentía feliz ante esta perspectiva.

Los sábados era dueño de mi tiempo después de la junta de la tarde, y tenía la costumbre de invertirlo navegando en un pequeño velero por la bahía. Un día me aventuré demasiado lejos, y fui arrastrado por el mar. Al anochecer, cuando casi había perdido la esperanza, me recogió un pequeño bergantín que se dirigía a Londres. La travesía fue larga y tempestuosa, y para costear mi pasaje me hicieron trabajar sin paga como marinero raso. Cuando desembarqué en Londres,

mi ropa estaba ajada y raída y no llevaba más que un dólar en el bolsillo. Aquel dinero me alimentó y albergó durante veinticuatro horas. Las siguientes veinticuatro las pasé sin comida ni refugio.

Alrededor de las diez de la mañana siguiente, desgredado y hambriento, estaba arrastrándome por Portland Place cuando un niño que pasaba por allí, remolcado por su niñera, arrojó una pera grande y succulenta —a la que solo le faltaba un mordisco— a la alcantarilla. Naturalmente, me detuve y fijé mis ojos anhelantes en aquel tesoro embarrado. La boca se me hacía agua, mi estómago la deseaba, todo mi ser suplicaba por ella. Pero cada vez que hacía algún ademán para recogerla, la mirada de un transeúnte se percataba de mi propósito y, por supuesto, me enderezaba con indiferencia, fingiendo no haber reparado en la fruta en absoluto. Esta situación no dejaba de repetirse, así que no podía alcanzar la pera. Mi desesperación estaba a punto de obligarme a enfrentar la vergüenza de recogerla cuando detrás de mí se abrió una ventana, y un caballero se asomó diciendo:

—Entre aquí, por favor.

Me abrió la puerta un lacayo espléndido y me condujo a una habitación suntuosa, donde estaban sentados dos ancianos caballeros. Le ordenaron al sirviente que se retirara y me pidieron que tomara asiento. Acababan de terminar el

desayuno y la vista de los restos casi puede conmigo. A duras penas podía conservar la cordura ante la presencia de aquella comida, pero, al no ser invitado a probarla, tuve que soportar mi sufrimiento lo mejor que pude.

Ahora bien, poco antes había ocurrido algo allí de lo que yo no tuve conocimiento sino hasta varios días después, pero se los contaré de una vez. Un par de días antes, aquellos dos viejos hermanos habían sostenido una discusión muy acalorada, y finalmente habían acordado zanjarla mediante una apuesta, lo cual es la manera inglesa de resolver cualquier asunto.

Recordarán ustedes que el Banco de Inglaterra, en una ocasión, emitió dos billetes de un millón de libras esterlinas cada uno, con el propósito especial de ser empleados en alguna transacción pública con otro país. Por una u otra razón, solo uno de estos había sido usado y anulado; el otro permanecía todavía en las bóvedas del banco. Bueno, pues sucedió que, charlando de ello, los hermanos terminaron por preguntarse cuál sería el destino de un extranjero perfectamente honrado e inteligente que estuviera abandonado a su suerte en Londres sin ningún amigo, sin más dinero que aquel billete de un millón de libras y sin manera alguna de justificar cómo llegó a tenerlo. El hermano A dijo que acabaría muriéndose de hambre; el hermano B dijo que no sería así. El hermano A dijo que no podría canjearlo en un banco ni en ninguna

otra parte, pues sería arrestado en el acto. Así que continuaron discutiendo hasta que el hermano B dijo que apostaría veinte mil libras a que, *de todas maneras*, el hombre viviría treinta días a costa de ese millón sin que lo encarcelaran. El hermano A aceptó la apuesta. El hermano B fue al banco y compró aquel billete, como todo un inglés, ya sabes: de agallas hasta la médula. Luego dictó una carta, que uno de sus secretarios copió en hermosa letra redonda, y los dos hermanos se sentaron frente a la ventana durante todo un día, a la espera del hombre indicado para entregárselo.

Vieron pasar muchas caras honradas que no eran lo bastante inteligentes; muchas que eran inteligentes, pero no lo bastante honradas; muchas que eran ambas cosas, pero cuyos dueños no eran lo bastante pobres o, si lo eran, no eran extranjeros. Siempre había un defecto, hasta que pasé yo. Entonces estuvieron de acuerdo en que cumplía todos los requisitos y me eligieron por unanimidad. Y allí estaba yo ahora, esperando a saber por qué me habían invitado a entrar. Empezaron a hacerme preguntas sobre mí, y no tardaron en conocer mi historia. Finalmente me dijeron que era la persona indicada para sus propósitos. Dije que sinceramente me alegraba y les pregunté de qué se trataba. Entonces uno de ellos me entregó un sobre y dijo que hallaría la explicación en su interior. Me disponía a abrirlo, pero me dijo que no lo hiciera, que me

lo llevara a mi alojamiento y lo estudiara con atención, sin apresurarme ni ser imprudente. Yo estaba desconcertado y quería interrogarlos más sobre el asunto pero ellos se negaron, así que me marché, sintiéndome humillado y ofendido por haber sido convertido en el blanco de lo que parecía ser una especie de broma y aun así estaba obligado a soportarla, sin estar en condiciones de mostrarme indignado ante las afrentas de gente rica y poderosa.

Para entonces habría recogido la pera y me la habría comido delante de todo el mundo pero ya no estaba, así que había perdido esa oportunidad debido a aquel desafortunado incidente, y la idea de ello no atenuó mis sentimientos hacia aquellos hombres. Tan pronto perdí de vista la casa, abrí el sobre y... ¡contenía dinero! ¡Mi opinión de esa gente cambió enseguida, se los aseguro! No perdí un instante, guardé la nota y el dinero en el bolsillo de mi chaleco y arranqué hacia la taberna más cercana. ¡Vaya si comí! Y al final, cuando no pude atiborrarme más, saqué el billete y lo desdoblé, le eché un vistazo y casi me desmayo. ¡Cinco millones de dólares! ¡Oh, me daba vueltas la cabeza!

Debí de permanecer aturdido y parpadeando ante el billete durante por lo menos un minuto antes de recobrar el sentido. Lo primero que vi entonces fue al tabernero. Tenía los ojos puestos en el billete y estaba petrificado. Su actitud era de

veneración, con todo cuerpo y alma, pero parecía incapaz de mover las manos o los pies. Al momento reaccioné e hice la única cosa racional que podía hacer. Le tendí el billete y le dije sin cuidado:

—Tráigame el cambio, por favor.

Entonces el hombre volvió en sí y me ofreció mil disculpas por no poder cambiar el billete, que por nada del mundo parecía dispuesto a tocar. No deseaba más que mirarlo y mirarlo, incapaz de saciar la sed de sus ojos, pero se abstuvo de tocarlo, como si se tratara de algo demasiado sagrado para las manos de un pobre mortal.

—Siento mucho si hay algún inconveniente —le dije— pero debo insistir. Cámbielo, por favor; no tengo nada más.

Pero él dijo que no importaba; estaba totalmente dispuesto a aplazar un cobro tan ínfimo hasta la próxima ocasión. Dije que probablemente no volvería por allí en un buen tiempo, pero él dijo que no tenía importancia, que podía esperar, y que, además, podía pedir todo lo que quisiera en cualquier momento, y dejar la cuenta abierta tanto tiempo como deseara. Dijo que jamás se le ocurriría desconfiar de un caballero tan rico, solo porque tenía yo un carácter tan desenfadado y me gustaba divertirme a costa de la gente con mi forma de vestir. En ese momento entró otro cliente, y el cantinero me indicó con un gesto que guardara aquella monstruosidad. Luego me

acompañó hasta la puerta haciendo todo tipo de reverencias, y la emprendí enseguida hacia la casa de aquellos hermanos, para corregir el error que había sido cometido, antes de que la policía me apresara y me obligara a hacerlo. Me sentía un poco nervioso; de hecho, estaba terriblemente asustado, aunque, por supuesto, sabía que de ninguna manera era mi culpa, pero conocía lo bastante bien a los hombres para saber que, cuando descubren que le han dado un billete de un millón de libras a un vagabundo creyendo que era de una, la cogen contra *él* en vez de culpar a su propia miopía, como deberían. A medida que me aproximaba a la casa, mi excitación comenzó a mitigarse, pues allí todo estaba tranquilo, lo cual me daba la seguridad de que la equivocación todavía no había sido descubierta. Llamé a la puerta. Apareció el mismo sirviente. Le pregunté por aquellos caballeros.

—Se han ido —me respondió con el tono frío y altivo de su tribu.

—¿Se han ido? ¿A dónde?

—De viaje.

—Pero ¿a dónde?

—Al continente, creo.

—¿Al continente?

—Sí, señor.

—¿Por cuál vía? ¿Por cuál ruta?

—No sabría decírselo, señor.

—¿Cuándo regresarán?

—Dentro de un mes, dijeron.

—¡Un mes! ¡Oh, esto es terrible! Indíqueme *alguna* manera para comunicarme con ellos. Es de suma importancia.

—No puedo, de veras. No tengo ni idea de a dónde se han ido, señor.

—Entonces tengo que ver a algún miembro de la familia.

—La familia también está fuera; hace meses que está en el extranjero... En Egipto y en India, creo.

—Oh, es que se ha cometido una equivocación inmensa. Estoy seguro de que regresarán antes de esta noche. ¿Podría decirles que he estado aquí, que no dejaré de venir hasta que todo esté arreglado y que no tienen nada de qué alarmarse?

—Lo haré si regresan, pero no creo que lo hagan. Dijeron que usted vendría en una hora a hacer algunas averiguaciones, y me pidieron que le informara que todo estaba bien, que regresarán a tiempo y lo estarán esperando.

Así que tuve que desistir y marcharme. ¡Qué enigmático era todo! Estaba a punto de perder la cabeza. Regresarían “a tiempo”. ¿Qué significaba eso? Ah, tal vez la nota lo explicaría. Me había olvidado de ella; la saqué y la leí. Esto es lo que decía:

“Es usted un hombre inteligente y honrado, como puede verse por su cara. Dedujimos asimismo que es pobre y extranjero.

En el sobre encontrará una suma de dinero. Se le concede en préstamo durante treinta días, sin intereses. Preséntese en esta casa al final de este plazo. He apostado por usted. Si gano, usted obtendrá cualquier puesto que esté a mi alcance; esto es, cualquiera con el que pueda demostrar que está familiarizado y para el que sea competente”.

No había firma, ni dirección, ni fecha.

¡En qué embrollo me había metido! Ustedes ya están al tanto de los precedentes, pero yo no lo estaba. Para mí todo era un acertijo oscuro y profundo. No tenía ni la más mínima idea de qué tipo de juego se trataba, ni de si su objetivo era beneficiarme o perjudicarme. Entré en un parque y me senté a reflexionar sobre el asunto, tratando de determinar qué era lo mejor que podía hacer.

Al cabo de una hora, mis razonamientos se cristalizaron en el siguiente veredicto:

Tal vez las intenciones de aquellos hombres hacia mí sean buenas, tal vez sean malas; no hay manera de saberlo: mejor olvidarse de ello. Tienen entre manos algún tipo de juego, plan o experimento; no hay manera de averiguarlo: mejor olvidarse de ello. Han hecho una apuesta sobre mí; no hay manera de saber de qué se trata: mejor olvidarse de ello. Esto me permite prescindir de los factores inciertos; el resto de la cuestión es tangible, sólida y puede clasificarse y etiquetarse

con certeza. Si le pido al Banco de Inglaterra que ponga este billete al crédito del hombre al que pertenece, lo harán, puesto que lo conocen, aunque yo no, pero entonces me preguntarán cómo es que llegué a tenerlo, y si les digo la verdad me encerrarán en el manicomio, naturalmente, y si miento, acabaré en la cárcel. Lo mismo ocurriría si trato de depositarlo en cualquier otro banco o de pedir un préstamo sobre él. Tengo que llevar esta inmensa carga conmigo hasta que aquellos hombres regresen, quiéralo o no. Me es totalmente inútil, tan inútil como un puñado de cenizas, y sin embargo debo cuidarlo y vigilarlo mientras mendigo para vivir. No podría *dárselo* a nadie, aunque lo intentara, pues ningún ciudadano honrado ni ningún maleante lo aceptaría o se involucraría en este asunto por nada del mundo. Aquellos hermanos están a salvo. Aunque perdiera su billete, o lo quemara, seguirían estando a salvo, pues podrían suspender el pago y el banco les repondría todo, pero mientras tanto debo sufrir durante un mes sin sueldo ni ganancia..., a menos que ayude a ganar aquella apuesta, sea cual sea, y logre obtener el puesto que se me ha prometido. Eso es algo que me *gustaría* obtener; esa clase de hombres tienen puestos a su disposición que realmente valen la pena.

Me puse a pensar bastante en aquel puesto. Mis expectativas comenzaron a aumentar. El sueldo sería sustancioso, sin

duda. Empezaría dentro de un mes, y después todo estaría bien. No tardé en sentirme como una persona de primera categoría. Entonces comencé a vagar por las calles de nuevo. La vista de una sastrería me despertó el fuerte anhelo de despojarme de mis harapos y volverme a vestir decentemente. ¿Podía permitírmelo? No, no tenía nada en el mundo salvo un millón de libras. Así que me obligué a pasar de largo. Pero pronto me encontré volviendo sobre mis pasos. La tentación me acosaba cruelmente. Debí pasar ante aquella tienda unas seis veces, riñendo virilmente conmigo mismo. Finalmente sucumbí, tuve que hacerlo. Pregunté si de casualidad no tenían algún traje que hubiera sido rechazado. El sujeto al que me dirigí señaló con la cabeza a otro sin responderme. Fui hacia este, que a su vez me señaló a *otro* sin mediar palabra. Acudí a este último y me dijo:

—Enseguida lo atiendo.

Esperé a que terminara lo que estaba haciendo, luego me condujo a la trastienda, escarbó entre una pila de trajes rechazados y escogió para mí el más ajado de todos. Me lo puse. No me quedaba bien y no era para nada elegante, pero era nuevo y estaba ansioso por tenerlo, así que no le encontré ningún defecto y, con cierta timidez, dije:

—Me convendría si pudieran esperar un par de días por el pago. No llevo nada de cambio conmigo.

El sujeto adoptó una expresión de lo más de sarcástica y dijo:  
—Oh, ¿no lleva? Bueno, por supuesto no esperaba que lo hiciera. Entiendo que los caballeros como usted solo suelen llevar billetes grandes.

Me sentí ofendido, y dije:

—Amigo mío, no siempre debería juzgar a un desconocido por su atuendo. Soy perfectamente capaz de pagar este traje, tan solo deseaba evitarle la molestia de cambiar un billete grande.

Ante esto cambió un poco su actitud y, todavía con cierta altivez, dijo:

—No era mi intención ofenderlo, pero, ya puestos en reproches, debo decir que tampoco le correspondía a usted asumir que no podríamos cambiar cualquier billete que usted tenga. Al contrario, claro que *podemos*.

Le entregué el billete y dije:

—Oh, muy bien, perdone usted.

Lo recibió con una sonrisa, una de esas amplias sonrisas que parecen darle la vuelta a toda la cara, con pliegues, arrugas y espirales, y recuerdan a un estanque donde se ha arrojado una piedra. Y entonces, al echarle un vistazo al billete, aquella sonrisa pareció congelarse y tornarse amarilla, y terminó por asemejarse a aquellos derrames de lava ondulantes y retorcidos que se encuentran solidificados en algunos tramos

de las faldas del Vesubio. Nunca he visto una sonrisa petrificarse y perpetuarse de esa manera. El hombre permaneció allí parado con el billete en la mano y sin mudar de aspecto, y el propietario se acercó presuroso para ver cuál era el problema, diciendo bruscamente:

—Bueno, ¿qué pasa? ¿Cuál es el problema? ¿Qué se le ofrece?

—No hay ningún problema —dije—. Estoy esperando el cambio.

—Bueno, ¿y entonces?... Dele el cambio, Tod, dele el cambio.

Tod replicó:

—¡Darle el cambio! Eso es fácil de decir, señor... pero mire usted el billete.

El propietario le echó un vistazo, lanzó un ligero pero elocuente silbido y enseguida se abalanzó sobre el montón de trajes rechazados, arrojándolos a diestra y siniestra, sin parar de hablar excitadamente como para sí mismo:

—¡Venderle a un millonario excéntrico un traje tan nefasto como este! Tod es un tonto..., un tonto de nacimiento. Siempre está haciendo cosas así. Ahuyenta a todos los millonarios de la tienda, solo porque no sabe distinguir a un millonario de un vagabundo, nunca ha sabido. ¡Ah!, aquí está lo que buscaba. Por favor, señor, quítese esa cosa y tírela al fuego. Hágame el favor de ponerse esta camisa y este traje. Exacto, este sí es el indicado: sobrio, sofisticado, modesto,

digno de la elegancia de un duque; fue hecho por encargo para un príncipe extranjero; puede que lo conozca, señor, su Serenísima Alteza, el hospodar de Halifax; tuvo que dejarlo y llevarse un traje de luto porque su madre estaba a punto de morir, lo cual no sucedió. Pero qué se le va a hacer, las cosas no siempre pueden salir como nosotros..., digo, como ellos... ¡Eso es! Los pantalones le quedan perfectamente, le lucen de maravilla, señor. Ahora el chaleco. ¡Ajá, estupendo también! Y ahora la chaqueta... ¡Dios mío! Por favor, mire eso... Todo el conjunto... ¡Perfecto! Jamás había visto un triunfo semejante en toda mi carrera.

Expresé mi satisfacción.

—Bien, señor, muy bien; cumple su cometido, aunque sea provisorio, claro está... Solo espere a ver lo que le confeccionaremos a su propia medida. Vamos, Tod, la libreta y el bolígrafo; póngase a ello. Largo de pierna: treinta y dos...

Y prosiguió sin detenerse. Antes de que pudiera pronunciar palabra, ya me había tomado las medidas y estaba dando órdenes para confeccionar fracs, chaqués, camisas y todo tipo de cosas. En cuanto tuve la oportunidad, dije:

—Pero, señor mío, *no puedo* encargar todo eso, a menos que usted pueda esperar indefinidamente o cambiar el billete.

—¡Indefinidamente! Se queda corta esa palabra, señor, muy corta. Eternamente..., *esa* es la palabra, señor. Tod, deles

prioridad a estas cosas, y envíelas a la dirección del caballero sin perder el tiempo. Que los clientes menores aguarden. Anote la dirección del caballero y...

—Estoy cambiando de domicilio. Pasaré luego y les daré la nueva dirección.

—Bien, señor, muy bien. Un momento... Permítame acompañarlo a la puerta, señor. Por aquí... Buen día, señor, buen día.

¿Acaso no pueden ver lo que estaba destinado a suceder? Naturalmente, me puse a comprar todo lo que quería y a pedir el cambio. Al cabo de una semana me había provisto suntuosamente de todas las comodidades y lujos necesarios, y me estaba hospedando en un costoso hotel privado de Hanover Square. Allí era donde almorzaba y cenaba, pero el desayuno lo seguí tomando en la humilde taberna de Harris, donde había recibido mi primera comida por cuenta de mi billete de un millón de libras. Harris había sido mi creador. Se había corrido la voz de que el excéntrico extranjero que llevaba billetes de un millón en el bolsillo del chaleco era el santo patrono del lugar. Con eso fue suficiente. De ser un humilde y precario negocio en apuros, se había convertido en un local célebre y atestado de clientes. Harris estaba tan agradecido que me obligaba a aceptar préstamos que no podía rechazar, así que, por más pobre que siguiera siendo, disponía de dinero para gastar y vivía como los ricos y los poderosos. Presentía

que en cualquier momento todo podría desplomarse, pero ya me había lanzado al agua y ahora debía continuar nadando o ahogarme. Como pueden ver, existía la posibilidad de un desastre inminente, lo cual le confería un aspecto serio, grave, y, sí, trágico a una situación que, de lo contrario, habría resultado puramente ridícula. Durante la noche, en la oscuridad, la parte trágica siempre se imponía como una advertencia amenazante, y yo gemía dando vueltas en la cama, incapaz de conciliar el sueño. Pero a la alegre luz del día el elemento trágico se desvanecía y desaparecía, y yo caminaba como si flotara, intoxicado por una felicidad vertiginosa, por así decirlo.

Y era lo natural, pues me había convertido en una de las figuras más notorias de la metrópolis del mundo, y aquello le dio un verdadero vuelco a mi cabeza. Era imposible coger un periódico inglés, escocés o irlandés y no toparse con una o más referencias al “millonario del bolsillo del chaleco” y a sus últimas hazañas y palabras. Al principio, estas menciones se encontraban al final de la columna de chismes de sociedad, luego me pusieron por encima de los caballeros, luego de los baronets, luego de los barones, y así sucesivamente, ascendiendo constantemente a medida que mi notoriedad aumentaba, hasta que alcancé la mayor altura posible, y allí permanecí, teniendo prioridad sobre todos los duques sin sangre real y todos los eclesiásticos, excepto el primado de toda

Inglaterra. Pero, no se equivoquen, aquello no era fama; hasta ahora solo había obtenido notoriedad. Entonces me llegó el golpe de gracia —la acolada, por así decirlo—, que en un solo instante transmutó la escoria perecedera de la notoriedad en el oro perdurable de la fama: ¡*Punch* me hizo una caricatura! Sí, ya era un hombre realizado; se consolidó mi categoría. Todavía podían hacer bromas sobre mí pero con reverencia, no con burla ni grosería; podía ser objeto de sonrisas pero no de risas. Aquel tiempo había quedado atrás. *Punch* me retrató todo agitado y vestido de harapos, regateando con un guardia real por la compra de la Torre de Londres. Bueno, ya podrán imaginar lo que esto significó para un joven en el que nadie había reparado antes y que ahora no podía decir nada que no fuera escuchado y repetido en todas partes; que no podía salir a la calle sin dejar de oír de soslayo los comentarios que saltaban de boca en boca: “Ahí va, ¡es él!”; que no podía tomar el desayuno sin que una multitud lo contemplara; que no podía aparecer en un palco de la ópera sin que allí se concentrara el fuego de un millar de impertinentes. Pues, vaya, no podía más que estar inmerso en la gloria el día entero, así de tremenda era la cosa.

¿Saben?, incluso conservé mi viejo traje andrajoso, y de vez en cuando salía con él puesto, solo para revivir el antiguo placer de comprar baratijas y que me insultaran, y luego fulminar

al ofensor con el billete de un millón de libras. Pero tuve que dejar de hacerlo. Los periódicos ilustrados hicieron tan familiar aquel atuendo que cuando salía con él era reconocido inmediatamente y una multitud comenzaba a seguirme, y si intentaba comprar algo el vendedor me ofrecía a crédito toda su tienda antes de que pudiera mostrarle mi billete.

Alrededor de mi décimo día de fama, fui a cumplir con el deber de honrar mi bandera presentándole mis respetos al ministro estadounidense. Me recibió con el entusiasmo que merecía mi persona, me reprendió por haberme tardado tanto en visitarlo y dijo que solo había una manera de obtener su perdón, y era aceptar el puesto que había quedado vacante en la recepción de aquella noche debido a la enfermedad de uno de sus invitados. Resultó que él y mi padre habían sido compañeros de colegio en la infancia, más tarde habían estudiado juntos en Yale y siempre habían sido íntimos amigos hasta la muerte de mi padre. Así que me exigió que pasara todo el tiempo libre que tuviera en su casa, y yo me mostré completamente dispuesto, desde luego.

De hecho, aquello no solo me complacía, me alegraba. Cuando todo se viniera abajo, quizás él podría salvarme de la destrucción total. No sabía cómo, pero tal vez él podría encontrar la manera. No me atrevía a sincerarme con él a estas alturas, algo que no habría dudado en hacer al comienzo

de mi formidable carrera en Londres. No, ya no podía correr ese riesgo; estaba metido hasta el cuello, demasiado hondo para arriesgarme a hacerle tales revelaciones a un amigo tan reciente, aunque, a *mi* modo de ver, todavía no hubiera rebosado la copa. Pues, verán, a pesar de todos mis préstamos, había procurado mantenerme cuidadosamente dentro de mis posibilidades, es decir, dentro de mi sueldo. Naturalmente, no podía *saber* cuál iba a ser mi sueldo, pero tenía suficientes indicios para estimarlo por el hecho de que, si ganaba la apuesta, podría *elegir* cualquier puesto al alcance de aquel viejo acaudalado para el que fuera competente, y ciertamente demostraría ser competente, no tenía ninguna duda sobre eso. Y en cuanto a la apuesta, no me preocupaba en absoluto: siempre había tenido suerte. Ahora bien, yo calculaba que mi sueldo sería de seiscientas a mil libras al año; esto es, seiscientas el primer año, que irían aumentando poco a poco, hasta que, por méritos propios, alcanzara la cifra más alta. Hasta el momento, solo debía el sueldo de mi primer año. Todo el mundo había intentado prestarme dinero, pero yo había rechazado a la mayoría con uno u otro pretexto, de modo que mi deuda solo ascendía a trescientas libras en préstamos; las otras trescientas correspondían a mi sustento y algunas compras. Confiaba en que el sueldo de mi segundo año me permitiría atravesar el resto del mes si continuaba siendo

cauteloso y ahorrativo, y mi intención era serlo de la manera más estricta. Al final del mes, cuando mi empleador regresara de su viaje, todo volvería a la normalidad, pues inmediatamente les cedería a mis acreedores los derechos de cobro de su parte correspondiente de mi sueldo de dos años, y me pondría a trabajar enseguida.

Fue una encantadora cena para catorce personas. El duque y la duquesa de Shoreditch y su hija, lady Anne-Grace-Eleanor-Celeste-etcétera-etcétera de Bohun, el conde y la condesa de Newgate, el vizconde Cheapside, lord y lady Blatherskite, algunos hombres y mujeres sin título, el ministro, su esposa y su hija, y una invitada de esta, una joven inglesa de veintidós años llamada Portia Langham, de quien me enamoré a los dos minutos, y quien también se enamoró de mí... No necesitaba lentes para verlo. Hubo también otro invitado, un estadounidense... pero me estoy adelantando un poco a mi historia. Mientras las personas todavía estaban en el salón, haciendo apetito para la cena e inspeccionando fríamente a los últimos en llegar, el sirviente anunció:

—El señor Lloyd Hastings.

Una vez terminadas las cortesías protocolarias, Hastings se percató de mi presencia y vino hacia mí con la mano cordialmente extendida; entonces, justo antes de estrechar la mía, se detuvo en seco y dijo con expresión desconcertada:

—Perdone, señor, creí que lo conocía.

—Oh, claro que me conoce, viejo amigo.

—No. ¿No es *usted* el... el...?

—¿El monstruo del bolsillo del chaleco? Sí, lo soy. No tenga miedo de llamarme por mi apodo, ya estoy acostumbrado.

—Vaya, vaya, vaya, qué sorpresa. Una o dos veces he visto su nombre junto al apodo, pero jamás se me ocurrió que *usted* podría ser el Henry Adams al que hacían referencia. Verá, no han pasado seis meses desde que usted trabajaba como empleado a sueldo para Blake Hopkins en San Francisco, pasando noches en vela para ganar un dinero extra, ayudándome a ordenar y verificar los documentos y las estadísticas de la Gould and Curry Extension. ¡Pensar que ahora está usted en Londres, convertido en un gran millonario y en una celebridad colosal! Oh, es como algo salido de *Las mil y una noches*. Hombre, es que no puedo asimilarlo, no termino de entenderlo; espere a que a se calme este torbellino en mi cabeza.

—Lo cierto, Lloyd, es que en eso no me va mejor que a usted. Yo tampoco termino de entenderlo.

—Dios mío, sí que es asombroso, ¿cierto? Vaya, si solo hace tres meses que fuimos al restaurante Miners...

—No, al What Cheer.

—Cierto, *era* el What Cheer. Fuimos allí a las dos de la madrugada y tomamos una chuleta y un café después de haber

bregado durante seis largas horas con aquellos papeles de la Extension. Traté de persuadirlo de que viniera a Londres conmigo, me ofrecí a conseguirle un permiso para ausentarse, cubrir todos sus gastos y darle una remuneración si lograba cerrar el negocio, pero usted no estaba dispuesto a escucharme, dijo que yo no lo lograría, que usted no podía darse el lujo de abandonar su trabajo y que no tendría tiempo de cogerle el ritmo de nuevo cuando regresara a casa. Y, sin embargo, aquí está usted. ¡Qué extraño es todo esto! Dígame, ¿cómo es que terminó viniendo y *qué* es lo que lo llevó a tener semejante éxito aquí?

—Oh, un pequeño accidente. Es una larga historia... una novela, podría decirse. Ya se lo contaré todo, pero no ahora.

—¿Cuándo?

—Al final de este mes.

—Pero si faltan más de quince días para eso. No hay curiosidad humana que lo soporte. Que sea en una semana.

—No puedo. Luego entenderá por qué. Pero, cuénteme, ¿cómo va el negocio?

Su entusiasmo se desvaneció como un soplo, y dijo con un suspiro:

—Fue usted un verdadero profeta, Hal, un verdadero profeta. Ojalá no hubiera venido. Ni siquiera quiero hablar de ello.

—Pero debe hacerlo. Debe venir a verme esta noche, tan pronto salgamos de aquí, y contármelo todo.

—Oh, ¿de veras? ¿Lo dice en serio? —preguntó con los ojos humedecidos.

—Sí, quiero oír toda la historia, hasta la última palabra.

—¡Cuánto se lo agradezco! Tan solo encontrar que un ser humano se interese de nuevo por mí y mis asuntos, con su voz y su mirada, después de todo lo que me ha pasado aquí... ¡Oh, Dios, podría suplicar por ello de rodillas!

Me estrechó la mano con fuerza y se recompuso, y luego se mostró alegre y animado a la espera de la cena..., la cual no llegó a producirse. No, pasó lo de siempre, aquello que siempre sucede bajo el viciado y exasperante sistema inglés: la cuestión de la preeminencia no pudo resolverse, de modo que no hubo cena. Los ingleses siempre cenan antes de salir a este tipo de recepciones, porque *ellos* sí son conscientes del riesgo que corren, pero nunca nadie advierte al extranjero, que suele caer cándidamente en la trampa. Por fortuna, en aquella ocasión nadie salió perjudicado, puesto que todos ya habíamos cenado, no habiendo ningún novato entre nosotros a excepción de Hastings, a quien el ministro había informado al momento de invitarlo que, en deferencia a la costumbre inglesa, no proporcionaría ninguna comida. Cada caballero tomó a una dama del brazo y nos dirigimos en procesión al comedor, pues lo habitual es hacer toda la pantomima, pero allí comenzó la disputa. El duque de

Shoreditch quería la preeminencia de sentarse a la cabecera de la mesa, sosteniendo que su rango era superior al de un ministro que representaba únicamente a una nación y no a un monarca, pero yo defendí mis derechos y me negué a ceder. En la columna de chismes yo me encontraba por encima de todos los duques sin sangre real, y lo manifesté, reclamando mi preeminencia sobre este. Por más que riñéramos, la cuestión no pudo resolverse, por supuesto: al final, de manera insensata, él trató de jugarse la carta del nacimiento y la antigüedad, y yo, viendo su Guillermo el Conquistador, redoblé la apuesta con Adán, arguyendo que, como demostraba mi apellido, descendía de él directamente, mientras que el *duque* procedía de una rama colateral, como indicaban *su* apellido y su más reciente origen normando, así que todos regresamos en procesión al salón, donde nos fue ofrecida una comida perpendicular: un plato con sardinas y una fresa que todos deben comer de pie unos junto a otros. En esta modalidad, la religión de la preeminencia no es tan estricta: las dos personas de mayor rango lanzan un chelín al aire; el ganador da el primer bocado a su fresa y el perdedor se queda con el chelín. Las dos siguientes tiran la moneda, luego otras dos, y así sucesivamente. Tras el refrigerio se dispusieron unas mesas, y todos jugamos al cribbage, a seis peniques la partida. Los ingleses nunca juegan

por diversión. Si no pueden ganar o perder algo —esto les da igual— no jugarán.

Pasamos un rato encantador; ciertamente nosotros dos lo hicimos, la señorita Langham y yo. Yo estaba tan embelesado con ella que era incapaz de contar en mi mano si había escaleras de más de seis cartas, y cuando llegaba al final del tablero ni siquiera me enteraba y volvía a comenzar por la fila exterior, y habría perdido todas las partidas si no fuera porque a ella, estando en mi misma situación, le pasaba exactamente lo mismo. De modo que ninguno de los dos nunca pudo ganar ninguna partida, ni nos extrañaba que así fuera; tan solo sabíamos que éramos felices y no queríamos saber nada más, y no queríamos que nada nos interrumpiera. Y se lo dije —claro que lo hice—, le dije que la amaba, y ella..., bueno, ella se sonrojó hasta la punta del cabello, pero le gustó, sí, dijo que eso le gustaba. ¡Oh, fue una velada sin igual! Cada vez que era mi turno de avanzar una ficha, añadía una posdata; cada vez que ella lo hacía, acusaba su recibo, sin que por ello dejáramos de contar las manos. Es más, ni siquiera podía yo decir: “¡Dos puntos por sus talones!”, sin añadir: “¡Oh, qué dulce es mirarla!”; y entonces ella decía: “Quince dos, quince cuatro, quince seis, y un par son ocho, y otros ocho son dieciséis... ¿Lo dice *en serio?*”, mirándome de reajo por debajo de sus pestañas, toda dulce y coqueta, ya sabes. ¡Oh, era *demasiado!* ¡Demasiado!

Bueno, pues al final fui completamente honesto y directo con ella; le dije que no tenía un solo céntimo, sino tan solo el billete de un millón de libras del que ella tanto había oído hablar, y que ni siquiera *eso* me pertenecía, lo cual despertó su curiosidad. Entonces bajé la voz y le conté toda la historia desde el principio, y ella por poco se muere de risa. Yo no entendía por qué le resultaba todo tan gracioso, pero así fue; cada medio minuto un cierto detalle la hacía ahogarse de risa, y entonces yo debía detenerme durante casi un minuto y medio para darle tiempo de recomponerse. Sí, se rio hasta la agonía, como nunca había visto. Quiero decir, nunca había visto que una historia tan desgraciada —una historia sobre las penas, las angustias y los miedos de una persona— tuviera *tal* efecto sobre alguien. Así que la amé aún más, viendo que podía ser tan alegre cuando no había nada de qué alegrarse, sabiendo que pronto podría necesitar una esposa así, ustedes saben, tal y como pintaban las cosas. Por supuesto, le dije que tendríamos que esperar un par de años, hasta que yo pudiera ponerme al día con mi sueldo, pero eso no le importó, tan solo esperaba que yo tuviera todo el cuidado posible en materia de gastos, y que de ninguna manera corriera el riesgo de que estos comprometieran el sueldo del tercer año. Luego comenzó a mostrarse un poco preocupada, y a preguntarse si no estábamos cometiendo un error al

estimar el sueldo del primer año en una cifra más alta de la que probablemente recibiría. Aquello era muy sensato, y me hizo sentir un poco menos confiado de lo que lo había estado hasta entonces, pero también me dio una buena idea para negociar, y se la expuse con toda franqueza.

—Portia, querida, ¿le importaría venir conmigo el día en que tenga que confrontar a aquellos viejos caballeros?

Ella pareció vacilar un momento, pero dijo:

—No..., si mi presencia puede ayudar a infundirle valor. Pero... ¿realmente lo considera usted apropiado?

—No, no estoy seguro de que lo sea... De hecho, me temo que no. Pero, verá, hay *tantas* cosas que dependen de eso que...

—Entonces iré de todas maneras, sea o no apropiado

—dijo ella, con bello y generoso entusiasmo—. ¡Oh, me hará tan feliz saber que le estoy ayudando!

—¿Ayudarme, querida? ¡Pero si usted lo hará todo! Es usted tan bella, adorable y encantadora que con su sola presencia podré hacer que nuestro sueldo aumente hasta arruinar a esos viejos señores, que por nada del mundo tendrán el valor de oponer resistencia.

¡Ah, tendrían que haber visto cómo se ruborizó toda, y cómo resplandecieron sus ojos de felicidad!

—¡Adulador malvado! No hay ni una sola palabra de verdad en lo que dice, pero aun así lo acompañaré. Tal vez eso

le enseñe a no esperar que los demás vean las cosas con los mismos ojos que usted.

¿Se dispararon mis dudas? ¿Recuperé la confianza? Pueden juzgarlo a partir de este hecho: en ese momento, para mis adentros, aumenté el sueldo de mi primer año a mil doscientas libras. Pero no se lo dije: me reservé la sorpresa

Durante todo el camino a casa estuve en las nubes. Hastings hablaba, pero yo no escuchaba una sola palabra. Cuando entramos en la sala, él me hizo volver a la realidad con sus fervientes apreciaciones de mis múltiples lujos y comodidades.

—Por favor, solo déjeme contemplar esto hasta saciarme. ¡Por Dios! ¡Es un palacio! ¡Un auténtico palacio! Contiene todo lo que uno *podría* desear, incluyendo un agradable fuego de carbón y una cena servida esperándonos. Henry, esto no solo me hace comprender lo rico que es usted, me permite darme cuenta hasta lo más profundo de mi ser de lo pobre que soy yo... ¡Qué pobre, miserable, derrotado, abatido, aniquilado!

¡Maldición! Aquel lenguaje me dio escalofríos. Me aterró hasta hacerme despertar y me hizo comprender que me encontraba sobre una superficie de solo media pulgada, con un inmenso cráter bajo mis pies. *Yo* no sabía que había estado soñando..., mejor dicho, no me había permitido admitirlo desde hace un tiempo, pero *ahora*... ¡Oh, Dios! Endeudado hasta el cuello, sin un centavo en el mundo, la felicidad o la desgracia

de una joven encantadora en mis manos, y nada en mi horizonte aparte de un sueldo que probablemente nunca —¡oh, *nunca!*— llegaría a materializarse. ¡Oh, no! ¡Irremediablemente perdido! ¡Nada podría salvarme!

—Henry, las sobras más insignificantes de sus ingresos diarios podrían...

—¡Oh, mis ingresos diarios! Vea, bebámonos este whisky y alegremos el alma. ¡A su salud! Ah, no... Tiene hambre. Tome asiento y...

—No, ya no me cabe ni un bocado. Por estos días no se me antoja nada..., pero beberé con usted hasta caer. ¡Adelante!

—¡Un barril tras otro, estoy con usted! ¿Preparado? ¡Aquí vamos! Y ahora, Lloyd, cuénteme su historia mientras preparo las bebidas.

—¿Que se la cuente? ¿Cómo? ¿Otra vez?

—¿*Otra vez?* ¿Qué quiere decir?

—Pues que si quiere volver a escucharla toda *de nuevo*.

—¿Escucharla de nuevo? ¿Está jugando conmigo? Espere, no tome ni una sola gota más de ese líquido. No lo necesita.

—Mire, Henry, me está alarmando. ¿Acaso no le conté toda la historia de camino aquí?

—¿Usted?

—Sí, yo.

—Que me cuelguen si escuché una sola palabra.

—Henry, esto es algo muy serio. Realmente me preocupa. ¿Qué tomó usted en la casa del ministro?

En aquel momento todo se me reveló como un fogonazo, y lo reconocí como un hombre:

—Tomé a la joven más encantadora del mundo... ¡como prisionera!

Entonces él vino corriendo hacia mí y estrechamos las manos una y otra vez, hasta que nos dolieron, y no me culpó por no haber oído una sola palabra de una historia que se prolongó durante las tres millas que caminamos. Tan solo se sentó, como la buena y paciente persona que era, y volvió a contarla toda de nuevo. En resumen, se reducía a lo siguiente: Hastings había venido a Inglaterra con lo que él consideraba una gran oportunidad; tenía una opción de venta sobre las acciones de la Gould and Curry Extension en nombre de los propietarios de la mina y la posibilidad de quedarse con todo lo que pudiera obtener a partir del millón de dólares exigido. Había trabajado muy duro, había movido todas sus influencias, había probado todos los recursos honrados, se había gastado prácticamente todo su dinero, no había conseguido que un solo capitalista le prestara atención y su opción de venta caducaba a fin de mes. En una palabra: estaba arruinado. Entonces se levantó de un salto y exclamó:

—¡Henry, usted puede salvarme! Usted puede salvarme, y es la única persona en el universo que puede hacerlo. ¿Lo hará? ¿*Verdad* que lo hará?

—Dígame cómo. Ya suéltelo, amigo.

—¡Deme un millón y un pasaje de regreso a casa a cambio de mi opción! ¡Oh, *no* rechace mi oferta!

Atravesé una especie de agonía. Estaba a punto de dejar salir las palabras: “Lloyd, yo también soy un pobre diablo..., sin un mísero penique, y totalmente *endeudado*”, cuando una idea fulgurante cruzó llameando por mi mente. Entonces apreté las mandíbulas y me calmé hasta parecer tan frío como un capitalista. Y luego, con un tono absolutamente profesional y sereno, dije:

—Yo lo salvaré, Lloyd...

—¡Entonces, ya estoy a salvo! ¡Que Dios se apiade de usted para siempre! Si algún día yo...

—Déjeme terminar, Lloyd. Lo salvaré pero no de esa manera, pues eso no sería justo con usted, después de todo el trabajo que ha hecho y los riesgos que ha tomado. Yo no necesito comprar minas; en un centro de comercio como Londres puedo mantener mi capital en movimiento sin necesidad de ello, es lo que hago todo el tiempo. Pero le diré lo que haré. Sé todo sobre esa mina, naturalmente; conozco su inmenso valor y puedo jurarlo ante cualquiera que así lo desee. Usted

venderá todas las acciones en menos de quince días por tres millones de dólares usando libremente mi nombre, y dividiremos las ganancias en partes iguales.

Y entonces, ¿pueden creerlo?, en el delirio de su felicidad aquel hombre se habría puesto a bailar hasta hacer añicos los muebles y romper todo en la habitación si yo no lo hubiera derribado y sujetado contra el suelo.

Luego permaneció ahí tumbado, totalmente extasiado, y dijo:

—¡Puedo utilizar su nombre! Imagínese... ¡su nombre! Oh, Dios, estos ricachones londinenses acudirán en manada, ¡se *pelearán* por esas acciones! ¡Soy un hombre realizado, lo seré por siempre, y jamás me olvidaré de usted mientras viva!

¡En menos de veinticuatro horas todo Londres estaba alborotado por la noticia! Día tras día, no tenía que hacer otra cosa que quedarme en casa y confirmarle a todos los que venían:

—Sí, yo le dije que me remitiera a todo aquel que le solicitara una referencia. Conozco al hombre y conozco la mina. Su carácter es más que irreprochable y la mina vale mucho más de lo que pide por ella.

Entretanto, pasaba todas las veladas en casa del ministro con Portia. No le mencioné una sola palabra sobre la mina, me lo guardé como sorpresa. Hablábamos del sueldo, de nada más que del sueldo y del amor; a veces del sueldo, a veces del amor, a veces del sueldo y el amor juntos. Y, ¡Dios mío!, el

interés que la esposa y la hija del ministro desarrollaron hacia nuestra pequeña historia de amor y las infinitas e inocentes excusas que se inventaron para evitar que nos interrumpieran y para que el ministro no sospechara nada... Bueno, pues fue algo realmente encantador de su parte.

Al terminar el mes, tenía un millón de dólares a mi nombre en el London and County Bank, y Hastings gozaba de la misma situación. Vestido con mi mejor traje, pasé en una carroza ante la casa de Portland Place, donde todo indicaba que mis pájaros ya habían vuelto al nido, me dirigí a la casa del ministro para recoger a mi adorada y nos encaminamos de nuevo allí sin dejar de hablar del sueldo. Ella estaba tan ansiosa y emocionada que me resultaba intolerablemente hermosa. Le dije:

—Querida, con ese aspecto tuyo sería un crimen apuntarle a un sueldo inferior en un solo penique a tres mil libras al año.

—¡Henry, Henry, nos arruinarás!

—No temas. Tú solo mantente así de preciosa, confía mí y todo saldrá bien.

Al final resultó que fui yo quien tuvo que subirle el ánimo a *ella* durante todo el camino, pues no dejaba de suplicarme y decir:

—Oh, por favor, recuerda que si pedimos demasiado puede que nos quedemos sin nada, y entonces, ¿qué será de nosotros sin ningún medio en el mundo para ganarnos la vida?

Nos abrió la puerta aquel mismo sirviente, y allí estaban los dos viejos caballeros. Naturalmente, se sorprendieron al ver aquella maravillosa criatura conmigo pero les dije:

—No se preocupen, caballeros, ella es mi futuro sostén y compañera.

Y se las presenté y los llamé por su nombre. No se mostraron sorprendidos, sabían que para entonces yo habría consultado el directorio. Nos invitaron a sentarnos y fueron muy cordiales conmigo, y muy solícitos con ella para que no se sintiera incómoda y estuviera lo más a gusto posible. Entonces les dije:

—Caballeros, estoy listo para rendir cuentas.

—Nos complace oírlo —dijo *mi* hombre—, porque ahora podremos resolver la apuesta que mi hermano Abel y yo hicimos. Si usted ha ganado por mí, obtendrá cualquier puesto que esté a mi alcance. ¿Tiene el billete con usted?

—Aquí está, señor.

Y se lo entregué.

—¡He ganado! —gritó, y le dio una palmada a Abel en la espalda—. ¿Qué me dices *ahora*, hermano?

—Reconozco que él ha *sobrevivido* y que he perdido veinte mil libras. Jamás lo hubiera creído.

—Tengo algo más que reportarles —dije—, aunque es un poco extenso. Quisiera que me dejen volver pronto para detallarles la historia de todo lo que me ocurrió este mes. Les

prometo que vale la pena oírlo. Mientras tanto, échense un ojo a esto.

—¡Vamos, hombre! Un certificado de depósito de doscientas mil libras. ¿Es suyo?

—Es mío. Los gané en treinta días, a partir de un uso prudente del pequeño préstamo que me hicieron. Y lo único que hice fue comprar algunas minucias y ofrecer el billete para cambiarlo.

—¡Vaya, esto es asombroso! ¡Imposible de creer!

—Da igual, se los demostraré. No den por sentadas mis palabras.

Pero ahora fue Portia quien se mostró sorprendida. Abrió totalmente los ojos, y dijo:

—Henry, ¿es realmente tuyo ese dinero? ¿Me has estado mintiendo?

—Lo he hecho, querida. Pero me perdonarás, *lo sé*.

Ella arqueó los labios haciendo un puchero, y dijo:

—No estés tan seguro. ¡Estuvo muy mal engañarme de esa manera!

—Ah, ya se te pasará, cariño, ya se te pasará; lo hice para divertirnos un poco, eso es todo. Bien, ya podemos irnos.

—Pero... ¡espere, espere! El puesto, recuerde... Quiero conseguirle un puesto —dijo mi hombre.

—Pues, bueno —repuse—, no podría estar más agradecido, pero realmente no necesito uno.

—Pero puede elegir el mejor puesto que esté a mi alcance.

—De nuevo, se lo agradezco de todo corazón, pero ni siquiera quiero *ese*.

—Henry, me avergüenzas. No demuestras ni la mitad del agradecimiento que se merece este noble caballero. ¿Puedo hacerlo por ti?

—Claro, querida, si crees que puedes hacerlo mejor que yo. Veamos cómo lo haces.

Ella se dirigió hacia mi hombre, se sentó en su regazo, puso un brazo alrededor de su cuello y le estampó un beso en toda la boca. Entonces los dos hombres estallaron en carcajadas, pero yo me quedé estupefacto, totalmente petrificado, por así decirlo. Y Portia dijo:

—Papá, él ha dicho que no hay ningún puesto a tu alcance que él esté dispuesto a aceptar, y eso me duele tanto como si...

—¡Querida mía! ¿Es este tu padre?

—Sí, es mi padrastro, y el más adorable que jamás haya existido. ¿Ahora entiendes por qué no pude más que reírme en casa del ministro, cuando, sin conocer nuestro parentesco, me contaste todos los problemas y las preocupaciones que este plan urdido por mi papá y el tío Abel te estaba causando?

Por supuesto, me hice oír enseguida, sin ningún rodeo, y fui directo al grano:

—Oh, mi muy querido señor, quiero retractarme de lo que dije. *Sí* que tiene usted un puesto vacante para mí.

—Solo dígame cuál.

—El de yerno.

—¡Bueno, bueno, bueno! Pero bien sabe usted que si nunca ha ejercido como tal sin duda no podrá proporcionar ninguna recomendación para cumplir con los requisitos del contrato, así que...

—¡Póngame a prueba! ¡Oh, hágalo, se lo ruego! Solo póngame a prueba por treinta o cuarenta años, y si...

—Oh, bueno, está bien. No pide gran cosa, llévesela.

¿Que si fuimos felices? No existen suficientes palabras en la versión más íntegra del diccionario para describirlo. Y cuando, uno o dos días después, se supo toda la historia de mis aventuras con ese billete durante aquel mes y cómo terminaron, ¿se entretuvo Londres hablando de ello? Por supuesto.

El papá de mi querida Portia tomó ese amigable y hospitalario billete y lo depositó de nuevo en el Banco de Inglaterra. Entonces el banco lo anuló y se lo dio como obsequio, y él a su vez nos lo obsequió en nuestra boda, y desde entonces ha estado colgado en un marco en el lugar más sagrado de nuestra casa, pues fue él quien me consiguió a mi Portia. Si no fuera por él, no habría podido permanecer en Londres, no me habría presentado en la casa del ministro y nunca la

habría conocido a ella. Por eso es que siempre digo: “Sí, es un billete de un millón de libras, como pueden ver, pero no hizo más que una sola compra en su vida, y *además* consiguió el artículo por solo una décima parte de su valor”.

# CUANDO FUI EDITOR DE UN PERIÓDICO AGRÍCOLA

1870

NO ACEPTÉ UN PUESTO TEMPORAL COMO EDITOR de un periódico agrícola sin cierta reticencia, así como un hombre de tierra firme jamás aceptaría el mando de un buque sin reservas. Pero me encontraba en circunstancias que hacían del sueldo un factor determinante. El jefe de redacción del periódico se iba de vacaciones, y yo acepté los términos que me ofreció y ocupé su cargo.

La sensación de volver a trabajar me hacía sentir de lujo, y toda la semana me entregué a mi labor con infatigable placer. Entramos a imprenta, y esperé durante todo un día con cierta impaciencia para comprobar si mi esfuerzo había atraído algo de atención. Al anochecer, cuando salía de la oficina, un grupo de hombres y muchachos que estaban al pie de las

escaleras se dispersó inmediatamente para darme paso, y oí a uno o dos de ellos decir: “¡Es él!”. Naturalmente, me sentí complacido. A la mañana siguiente me topé con un grupo similar al pie de las escaleras y con varios hombres diseminados aquí y allá, solos y en parejas, en la calle y a lo largo de la acera, mirándome con interés. El grupo se apartó y retrocedió a medida que me acercaba, y oí a un hombre decir: “¡Mírenlo a los ojos!”. Fingí ignorar la atención que estaba atrayendo, pero para mis adentros sentí un enorme placer, y me propuse escribir a mi tía sobre mi experiencia. Subí el corto tramo de escaleras, y me percaté de unas voces alegres y una carcajada al acercarme a la puerta. Al abrirla, alcancé a vislumbrar a dos jóvenes de aspecto rústico, cuyas caras palidieron y se expandieron al verme, y que, enseguida, se lanzaron con gran estrépito por la ventana. Me quedé sorprendido.

Al cabo de media hora, un hombre mayor, de barba larga y rostro agradable, aunque algo severo, entró a la oficina y, a petición mía, tomó asiento. Parecía tener alguna preocupación en mente. Se quitó el sombrero, lo puso en el suelo y sacó de él un pañuelo de seda rojo y un ejemplar de nuestro periódico.

Colocó el periódico sobre su regazo y, mientras limpiaba los lentes de sus gafas con el pañuelo, preguntó:

—¿Es usted el nuevo editor?

Le dije que lo era.

—¿Había editado un periódico agrícola antes?

—No —respondí—, es la primera vez que lo intento.

—Eso parece. ¿Y tiene algún tipo de experiencia práctica en agricultura?

—No, creo que ninguna.

—Me pareció intuir eso —dijo el hombre poniéndose las gafas y mirándome por encima de ellas con cierta aspereza mientras doblaba el periódico para facilitar su lectura—. Quiero leerle lo que me hizo sospecharlo. Fue este editorial. Escuche, y dígame si fue usted quien lo escribió:

“Los nabos nunca deben arrancarse, ya que eso los perjudica. Es mucho mejor que un muchacho trepe al árbol y lo sacuda”.

—Ahora, ¿qué piensa de eso? Pues supongo que fue usted quien lo escribió...

—¿Lo que pienso? Bueno, pues pienso que está bien. Me parece sensato. No me cabe duda de que cada año millones y millones de fanegas de nabos se echan a perder solo en este municipio al ser arrancadas sin haber madurado, mientras que si hubieran mandado a un muchacho a sacudir el árbol...

—¡Que sacudan a su abuela! ¡Los nabos no crecen en los árboles!

—¿Ah, no? ¿No crecen? Bueno, ¿y quién ha dicho que lo hacen? El lenguaje fue usado en un sentido figurado, completamente figurado. Cualquiera que sepa algo sobre el tema

entenderá que me refería a que el muchacho debía sacudir la enredadera.

Entonces el viejo se puso de pie y desgarró el periódico hasta hacerlo trizas, pisoteó los restos y rompió varias cosas con su bastón, dijo que yo era más ignorante que una vaca y se marchó dando un portazo. En suma, se comportó de tal manera que tuve la impresión de que algo le había disgustado. Pero sin saber de qué se trataba, comprendí que no podía hacer nada por él.

Poco después, una criatura larguirucha y cadavérica, con largos mechones de pelo lacio colgándole hasta los hombros y una barba hirsuta de una semana asomando entre los montes y los valles de su cara, entró como una flecha, se detuvo en seco y permaneció inmóvil, con un dedo sobre los labios e inclinando la cabeza y el cuerpo en actitud atenta. No se oía ningún ruido, pero aun así permaneció atento escuchando. Silencio. Luego echó llave a la puerta, se aproximó en puntillas hacia mí con extrema cautela y, tras examinar mi rostro con gran interés por un momento, sacó del pecho un ejemplar doblado del periódico y dijo:

—Tome, usted escribió esto. Léamelo... ¡Rápido! Alívieme. Estoy sufriendo.

Leí lo siguiente, y a medida que las frases salían de mis labios, podía ver el alivio que le suscitaban, sus tensos músculos relajarse y la ansiedad de su rostro dar paso a una expresión

de paz y tranquilidad, como la compasiva luz de la luna ilumina un paisaje desolado:

“El guano es un pájaro excelente, pero su crianza requiere de mucho cuidado. No debe ser importado antes de junio ni después de septiembre. En invierno debe mantenerse en un lugar cálido, donde pueda empollar a sus crías.

”Es evidente que tendremos una estación tardía para el grano. Por tanto, al granjero le convendrá comenzar a arrancar los tallos de maíz y plantar sus pasteles de trigo sarraceno en julio en vez de en agosto.

”Con respecto a la calabaza, esta baya es muy popular entre los nativos del interior de Nueva Inglaterra, quienes la prefieren a la uva espinosa para hacer tortas de fruta, y también a la frambuesa para alimentar a sus vacas, ya que llena más y es igual de nutritiva. La calabaza es el único comestible de la familia de las naranjas que se da en el norte, a excepción del calabacín y una o dos variedades de zapallo. Pero la costumbre de plantarla entre los arbustos del patio delantero está pasando rápidamente de moda, puesto que ahora el consenso general es que es inútil como árbol de sombra.

”Ahora que se acerca el tiempo cálido y los gansos empiezan a desovar...”

El excitado oyente se abalanzó hacia mí para estrecharme las manos y dijo:

—Eso, eso... Ya basta. Ahora sé que no estoy loco, porque usted lo ha leído exactamente igual que yo, palabra por palabra. Pero le aseguro, forastero, que cuando lo leí por primera vez esta mañana me dije a mí mismo: “Nunca, nunca antes lo había creído, a pesar de que mis amigos me mantenían bajo estricta vigilancia, pero ahora debo admitir que sí estoy loco”, y entonces lancé un aullido que debió oírse a dos millas de distancia y decidí salir a matar a alguien..., pues, usted sabe, supuse que tendría que pasar tarde o temprano, y que bien podría comenzar ya mismo. Leí uno de esos párrafos una y otra vez para estar seguro, le prendí fuego a mi casa y arranqué enseguida. Ya he lisiado a varias personas, y dejé a un tipo encaramado en un árbol, donde puedo disponer de él cuando quiera. Pero al pasar por aquí pensé que valía la pena entrar para aclarar definitivamente el asunto, y ya está todo aclarado, y puedo decirle que es una suerte para aquel tipo del árbol. Estoy seguro de que lo habría matado al volver... Adiós, señor, adiós, me ha quitado usted un gran peso de encima. Mi razón ha podido soportar la sacudida de uno de sus artículos agrícolas, y ahora sé que nada podrá sacarme de quicio. ¡Adiós, señor!

Me incomodó un poco oír sobre las golpizas y los incendios con que aquel hombre se había estado entreteniendo, ya que no podía evitar sentirme remotamente cómplice de ellos. Pero estos pensamientos se desvanecieron rápidamente,

pues enseguida entró por la puerta nada menos que el jefe de redacción. (Pensé para mis adentros: “Ya ve, si se hubiera marchado a Egipto, como se lo recomendé, yo habría tenido tiempo de coger más práctica, pero no me hizo caso, y aquí está usted de nuevo... Aunque ya me lo esperaba”.)

El editor tenía un aspecto triste, perplejo y abatido.

Inspeccionó los daños que aquel viejo alborotador y aquellos dos jóvenes granjeros habían hecho, y luego dijo:

—Este es un asunto lamentable..., un asunto muy lamentable. La botella de mucílago, rota, junto con seis cristales de la ventana, una escupidera y dos candelabros. Pero eso no es lo peor. La reputación del periódico ha salido perjudicada... y me temo que de manera permanente. Es cierto que nunca había habido semejante demanda de ejemplares, que nunca se había vendido una edición tan grande y que nunca habíamos alcanzado tanto reconocimiento... ¿Pero es realmente deseable hacerse famoso por estar demente o prosperar a costa de una enfermedad mental? Amigo mío, voy a serle honesto: la calle de enfrente está llena de gente, y hay otros encaramados sobre las cercas, esperando poder echarle un vistazo, porque piensan que usted está chiflado. Y créame, tienen motivos para pensarlo, tras haber leído sus editoriales. Sus artículos son una desgracia para el periodismo. Dígame, ¿cómo se le metió en la cabeza que podría editar un periódico de esta

índole? Usted ni siquiera parece conocer los rudimentos más básicos de la agricultura. Habla del rastrojo y del rastrillo como si fueran la misma cosa, habla de la época de muda de las vacas y recomienda la domesticación del turón porque es muy juguetón y un excelente cazador de ratones. Su comentario acerca de que las almejas se quedarán quietas si se les toca un poco de música es superfluo..., enteramente superfluo. Nada perturba a las almejas. Las almejas siempre están quietas. ¡La música no les importa en absoluto! ¡Ah, cielos y tierra, amigo! Si hubiera hecho de la acumulación de ignorancia la carrera de su vida, no habría podido graduarse con más altos honores que hoy. Nunca he visto nada parecido. Su observación de que la castaña de Indias como artículo de comercio se está ganando cada vez más el favor del público parece sencillamente calculada para destruir este periódico. Bien puede renunciar y largarse. No quiero más vacaciones... No podría disfrutarlas. Y menos sabiendo que usted ocupa mi puesto. Me la pasaría atormentado pensando en cuál va a ser su próxima recomendación. Pierdo la cabeza cada vez que pienso que usted se puso a discutir los criaderos de ostras en la sección de “Jardinería paisajística”. Quiero que se vaya. Nada en el mundo podría persuadirme de que me tome otras vacaciones. ¡Oh! ¿Por qué no me dijo que no sabía nada sobre agricultura?

—¿Decirle a usted, pedazo de mazorca, de calabaza, hijo de una coliflor? Es la primera vez que escucho un reproche tan desconsiderado. Debo decirle que llevo en el negocio editorial ya más de catorce años, y es la primera vez que oigo que se tenga que saber algo para editar un periódico. ¡Usted es un nabo! Dígame, ¿quiénes escriben la crítica teatral en los periódicos de segunda categoría? Bueno, pues una partida de zapateros y aprendices de boticario advenedizos, que saben tanto sobre una buena actuación como yo de agricultura, y nada más. ¿Quiénes reseñan los libros? Gente que no ha escrito uno. ¿Quiénes elaboran aquellos ladrillos sobre finanzas? Tipos que han desaprovechado toda oportunidad para saber algo sobre el tema. ¿Quiénes critican las campañas contra los indios? Caballeros incapaces de diferenciar un grito de guerra de un *wigwam*, que nunca han tenido que correr más rápido que un *tomahawk*, ni que arrancarles las flechas a varios miembros de su familia para encender la fogata del campamento en la noche. ¿Quiénes escriben los llamamientos a la templanza y claman contra la costumbre de ofrecer una ponchera? Personas que solo conocerán la sobriedad en la tumba. Y dígame, batata, ¿quiénes editan los periódicos agrícolas? Hombres que por lo general han fracasado como poetas, como escritores de novelas amarillistas y de dramas sensacionalistas, como reporteros de noticias locales, y que

finalmente recurren a la agricultura como una exención temporal de su ingreso al asilo para pobres. ¡Y *usted* pretende enseñarme algo a *mí* sobre el negocio periodístico! Señor, he ido desde Alpha hasta Omaha, y puedo decirle que cuanto menos sabe un hombre, mayor es el alboroto que hace, y más alto el sueldo que cobra. Dios sabe que si hubiera sido un ignorante en vez de un hombre cultivado, y un insolente en vez de un hombre honrado, bien podría haberme forjado una reputación en este mundo frío y egoísta. Me voy, señor. Ya que usted me trata como acaba de hacerlo, estoy totalmente dispuesto a marcharme. Pero he cumplido con mi deber. He cumplido con mi contrato en la medida que se me ha permitido. Dije que podría hacer que su periódico fuera de interés para todos los públicos, y eso hice. Dije que podría aumentar la tirada a veinte mil ejemplares, y si me hubieran concedido otro par de semanas, lo habría logrado. Y le habría conseguido la mejor clase de lectores que cualquier periódico agrícola jamás haya tenido: nada de granjeros y ni un solo individuo capaz de diferenciar un árbol de sandías de una enredadera de duraznos aunque su vida dependiera de ello. Usted es el que sale perdiendo con esta ruptura, no yo, ruibarbo. *Adiós.*

Y me marché.

DIARIOS DE  
ADÁN  
Y EVA



# EXTRACTOS DEL DIARIO DE ADÁN

1893

(Traducidos del manuscrito original)

NOTA: Traduje una parte de este diario hace algunos años, y un amigo mío imprimió unos cuantos ejemplares en su estado incompleto, pero nunca le llegaron al público. Desde entonces he descifrado otros de los jeroglíficos de Adán, y creo que ahora se ha vuelto un personaje público lo suficientemente importante como para justificar su publicación. M. T.

*LUNES*

Esta nueva criatura de pelo largo es un poco fastidiosa. Siempre está cerca y me sigue a todas partes. No me agrada esto, no estoy acostumbrado a tener compañía. Me gustaría que se quedara con los demás animales... Día nublado, sopla viento del este; es probable que nos llueva... ¿Nos? ¿De dónde habré sacado esa palabra...? Ya lo recuerdo: la nueva criatura la utiliza.

*MARTES*

He estado inspeccionando la gran cascada. Me parece que es la cosa más magnífica de toda la finca. La nueva criatura la llama “cataratas del Niágara”. No estoy seguro por qué... Dice que se parece a las cataratas del Niágara. Pero eso no es una razón, es solo un capricho y una estupidez. A mí nunca me deja ponerle nombre a nada. La nueva criatura nombra todo lo que se encuentra antes de que yo pueda protestar. Y siempre con el mismo pretexto: que se “parece” a algo. Ahí está el dodo, por ejemplo. Ella dice que con solo mirarlo uno se da cuenta de que “parece un dodo”. Seguramente se quedará con ese nombre. Estoy harto de preocuparme por eso, y de todos modos no sirve de nada. ¡Un dodo! No se parece más a un dodo que yo.

*MIÉRCOLES*

Me construí un refugio para la lluvia, pero no pude disfrutarlo en paz. La nueva criatura se coló dentro. Cuando traté de echarla, comenzó a derramar agua por los agujeros que utiliza para mirar, se los secó con la parte trasera de las patas e hizo un ruido como el que hacen algunos de los otros animales cuando tienen miedo. Me gustaría que no hablara tanto, nunca para de hablar. Eso suena como un reproche de mal gusto a la pobre criatura, un insulto, pero no es mi intención. Nunca antes había oído la voz humana, y cada sonido nuevo y extraño que interrumpe el solemne silencio de estas soledades de ensueño ofende mi oído y me resulta disonante. Y este nuevo sonido está tan cerca de mí, siempre junto a mi hombro, justo en mi oído, primero en uno y luego en el otro, y yo tan solo estoy acostumbrado a sonidos más o menos lejanos.

*VIERNES*

Por más que yo trate, ella insiste en ponerle nombre a todo. Yo le tenía un nombre muy adecuado a la finca, bonito y musical: “Jardín del Edén”. Para mis adentros, sigo llamándola así, pero no en público. La nueva criatura dice que no hay más que bosques, rocas y paisajes y que por tanto no se parece en

nada a un jardín. Dice que parece un parque y nada más que un parque. En consecuencia, y sin consultarme, le ha cambiado el nombre a “Parque de las cataratas del Niágara”. Esto me pareció un poco despótico. Incluso ha puesto un cartel:

PROHIBIDO PISAR EL CÉSPED

Mi vida ya no es tan feliz como antes.

### *SÁBADO*

La nueva criatura come demasiada fruta. Lo más probable es que se nos agote. Otra vez hablo de nosotros. Así es como habla ella, y ahora yo también, de tanto oírla. Bastante niebla esta mañana. Yo nunca salgo cuando hay niebla. La nueva criatura sí lo hace. Sale sin importarle el tiempo que haga y vuelve con los pies embarrados. Y habla. Solía ser tan silencioso y agradable aquí.

### *DOMINGO*

Salí adelante. Este día se ha vuelto cada vez más exasperante. El pasado noviembre fue elegido como día de descanso. Antes ya tenía seis de estos a la semana. Esta mañana sorprendí a la nueva criatura tratando de bajar manzanas a pedradas del árbol prohibido.

*LUNES*

La nueva criatura dice que su nombre es Eva. Por mí está bien, no tengo nada que objetar. Dice que la llame así cuando quiera que venga. Respondí que en ese caso era innecesario. La palabra, sin embargo, aumentó mi respeto hacia ella, pues sin duda se trata de un nombre serio y digno, que permite la repetición. Dice que no es una cosa sino una mujer. Esto es dudoso pero me da igual: no me importa lo que sea con tal de que se vaya por su cuenta y pare de hablar.

*MARTES*

Ha ensuciado toda la finca con nombres execrables y carteles ofensivos:

AL REMOLINO

A LA ISLA DE LAS CABRAS

A LA CUEVA DE LOS VIENTOS

Dice que este parque sería un buen destino turístico si hubiera clientes. “Destino turístico”, otro de sus inventos..., meras palabras que no significan nada. ¿Qué es un destino turístico? Pero es mejor no preguntarle, se muere de ganas por explicármelo.

*VIERNES*

Ahora le ha dado por suplicarme que no salte por las cataratas. ¿Qué tiene de malo? Dice que le da escalofríos. Me pregunto por qué, siempre lo he hecho... Me gusta zambullirme y refrescarme. Pensaba que las cataratas eran para eso. No veo que tengan ninguna otra función, y deben haber sido hechas para algo. Ella dice que solo fueron hechas como paisaje..., como el rinoceronte y el mastodonte.

Me lancé por las cataratas dentro de un barril: no le gustó. Lo hice en una bañera: tampoco le gustó. Nadé a través del remolino y los rápidos en un traje de hojas de parra. El traje quedó muy maltrecho, así que me dio un sermón muy fastidioso sobre mi extravagancia. Aquí no puedo hacer lo que quiero. Necesito un cambio de aires.

*SÁBADO*

El pasado martes por la noche me escapé. Caminé durante dos días, me construí otro refugio en un lugar apartado e hice lo mejor que pude por borrar mis huellas, pero ella me siguió ayudada por una bestia que ha domesticado y a la que llama “lobo”, y cuando me encontró volvió a hacer ese ruido lastimero y a derramar agua por donde mira. Me vi obligado a regresar con ella, pero estoy dispuesto a huir de nuevo en

cuanto se presente la ocasión. Ella se dedica a las cosas más absurdas, entre otras, a estudiar por qué los animales a los que ha llamado “leones” y “tigres” viven de comer hierba y flores cuando, según ella, sus dientes parecen indicar que están hechos para devorarse unos a otros. Esto es ridículo, porque para eso tendrían que matarse entre ellos, y eso introduciría lo que, según entiendo, llaman “muerte”, y, según se me ha dicho, la muerte todavía no ha entrado en el parque. Lo cual es una pena, en cierto sentido.

#### *DOMINGO*

Salí adelante.

#### *LUNES*

Creo que ya sé para qué sirve la semana: para poder descansar de la pesadez del domingo. Parece una buena idea... Ha estado trepando aquel árbol de nuevo. La bajé a pedradas. Dijo que nadie estaba mirando. Parece creer que eso es justificación suficiente para correr cualquier riesgo. Se lo dije. La palabra “justificación” le causó admiración..., y también envidia, o eso me pareció. Es una buena palabra.

*MARTES*

Me contó que la hicieron a partir de una costilla que fue sacada de mi cuerpo. Esto, como mínimo, resulta dudoso. No me falta ninguna costilla... Está muy preocupada por el buitre: dice que el pasto no le cae bien y teme no poder criarlo; piensa que fue hecho para comer carne descompuesta. El buitre debe arreglárselas con lo que hay. No podemos cambiar toda la creación solo por complacer al buitre.

*SÁBADO*

Ayer se cayó en el estanque cuando estaba contemplándose en él, como siempre hace. Por poco se ahoga, y dijo que fue de lo más desagradable. Entonces sintió lástima por las criaturas que viven allí dentro, y que ella llama “peces”, pues insiste en ponerles nombre a cosas que no lo necesitan y no acuden cuando se les llama, lo cual no tiene ninguna importancia para ella, la muy tonta. Así que anoche sacó a varios del agua y los metió en mi cama para que no pasaran frío, pero me he fijado en ellos una y otra vez durante todo el día y no veo que estén más felices de lo que estaban antes, solo más quietos. En cuanto se haga de noche los arrojaré afuera. No volveré a dormir con ellos, pues son húmedos y desagradables cuando no se lleva nada puesto.

*DOMINGO*

Salí adelante.

*MARTES*

Ahora se ha hecho amiga de una serpiente. Un alivio para los demás animales, pues siempre estaba experimentando con ellos y molestándolos, y para mí también, porque la serpiente habla y eso me permite descansar.

*VIERNES*

Dice que la serpiente le ha aconsejado probar la fruta de aquel árbol, y afirma que como resultado obtendrá una excelente y noble educación. Le advertí que también habría otro resultado: introduciría la muerte en el mundo. Fue un error, habría sido mejor guardarme el comentario... Solo sirvió para darle una idea: así podría salvar al buitre enfermo, y proporcionar carne fresca a los tigres y los leones, pues ya se ven muy abatidos. Le aconsejé que se mantuviera alejada del árbol. Dijo que no lo haría. Preveo problemas. Tendré que emigrar.

*MIÉRCOLES*

Días muy variados. La otra noche me escapé en un caballo, y cabalgué toda la noche a todo dar, con la esperanza de salir del parque y esconderme en algún otro territorio antes de que empiecen los problemas, pero fue imposible. Una hora después de que saliera el sol, mientras cabalgaba por una llanura cubierta de flores donde miles de animales pastaban, dormitaban o retozaban plácidamente, se alzó de repente una tempestad de ruidos espantosos; al cabo de un momento, hubo un alboroto tremendo en la llanura y todos los animales comenzaron a destruirse unos a otros. Enseguida supe lo que había ocurrido: Eva había comido aquella fruta y la muerte había entrado en el mundo... Los tigres devoraron mi caballo, sin prestarme atención cuando les ordené que no lo hicieran, y me habrían devorado a mí también si no hubiera huido a toda prisa... Encontré este lugar a las afueras del parque y pasé unos días muy agradables, pero me encontró de nuevo. Me encontró y llamó al sitio “Tonawanda”..., dice que se parece a eso. De hecho, no lamenté tanto que viniera, pues aquí la recolección de frutos es muy escasa, y me trajo unas cuantas de esas manzanas. No tuve más remedio que comérmelas de tan hambriento que estaba. Iba contra mis principios, pero he descubierto que los principios son inútiles a menos que uno esté bien alimentado... Vino cubierta con ramas y hojas,

y cuando le pregunté por qué hacía esas tonterías y se las arranqué de encima soltó una risita nerviosa y se sonrojó. Nunca había visto a una persona reírse y sonrojarse así, y me pareció estúpido e inapropiado. Dijo que pronto la entendería. Tenía razón. A pesar de estar tan hambriento, dejé a un lado la manzana a medio comer —sin duda la mejor que he visto, considerando lo avanzando de la estación— y me cubrí yo mismo con las ramas y las hojas que le había quitado. Luego le hablé con cierta severidad y le ordené que fuera por más y que dejara de exhibirse de esa manera. Lo hizo, y después volvimos a donde había ocurrido la batalla entre las bestias, recogimos algunas pieles y le pedí que confeccionara un par de trajes apropiados para ocasiones públicas. Es verdad que son incómodos, pero también muy elegantes, y eso es lo más importante en cuanto a la ropa... Me parece que es una buena compañera. Estoy seguro de que sin ella me sentiría solo y deprimido ahora que he perdido mi propiedad. Además, dice que a partir de ahora se nos ha ordenado trabajar para ganarnos la vida. Me será útil. Yo la supervisaré.

### *DIEZ DÍAS DESPUÉS*

¡Ahora me acusa a *mí* de ser la causa de nuestra desgracia! Dice con aparente serenidad y honradez que la serpiente le

aseguró que el fruto prohibido no eran las manzanas sino las castañas. Respondí que en ese caso yo era inocente, pues no había comido ninguna castaña. Dice que la serpiente le explicó que “castaña” era un término figurado para referirse a un chiste viejo y rancio. Yo me quedé pálido, pues he contado muchos chistes para matar el tiempo, y puede que algunos hayan sido de esa clase, aunque sinceramente había supuesto que eran nuevos cuando lo hice. Me preguntó si no había hecho uno al momento de la catástrofe. Me vi obligado a admitir que me había contado uno a mí mismo, aunque no en voz alta. La cosa fue así. Estaba pensando en las cataratas y me dije a mí mismo: “¡Qué maravilla es ver esa enorme cantidad de agua caer hacia abajo!”. Y luego, al instante, me vino a la cabeza un pensamiento brillante, y lo dejé escapar diciendo: “¡Sería mucho más maravilloso verla caer hacia arriba!”. Y estaba a punto de partirme de risa cuando la muerte y la guerra se desataron en toda la naturaleza y tuve que huir para salvar mi vida. “Ahí está”, dijo triunfante. “Tuvo que ser eso. La serpiente se refirió a ese mismo chiste, lo llamó la Primera Castaña y dijo que era tan viejo como la creación”. ¡Qué desgracia! No cabe duda de que yo tengo la culpa. ¡Ojalá no fuera tan ingenioso! ¡Ay, ojalá nunca me hubiera dejado deslumbrar por semejante ocurrencia!

*UN AÑO DESPUÉS*

Lo hemos llamado Caín. Ella lo atrapó mientras yo estaba poniendo trampas en la orilla norte del Erie; lo capturó en un bosque a un par de millas de nuestro refugio..., o tal vez a cuatro, no está muy segura. Se parece un poco a nosotros, y puede que se trate de un pariente. Eso piensa ella, pero yo creo que se equivoca. La diferencia de tamaño demuestra que se trata de un tipo de animal diferente..., tal vez un pez, aunque, cuando lo metí al agua para comprobarlo, se hundió al fondo y ella se zambulló para sacarlo antes de que el experimento concluyera. Sigo pensando que es un pez, pero a ella le da igual y no me deja comprobarlo. No lo entiendo. La llegada de la criatura parece haber cambiado totalmente su forma de ser y ahora desconfía de los experimentos. Piensa más en él que en cualquiera de los demás animales, pero es incapaz de explicar por qué. Ha perdido la cabeza..., todo parece indicarlo. A veces se pasa media noche con el pez en brazos cuando este se queja por falta de agua. En esas ocasiones brota agua por las partes de su cara que utiliza para ver y le da palmaditas al pez en la espalada y hace ruiditos con la boca para consolarlo, y se muestra angustiada y diligente de mil maneras. Nunca la he visto hacer esto con ningún otro pez, y me inquieta bastante. Solía llevar en brazos a las crías de los tigres y jugar con ellas antes de que perdiéramos

nuestra propiedad, pero no era más que una distracción; jamás se preocupó así por ellas cuando les sentaba mal la comida.

### *DOMINGO*

Ya no trabaja los domingos, sino que se la pasa tumbada descansando, y le gusta que el pez dé vueltas sobre ella y hacerle sonidos ridículos para entretenerlo, y finge comerse sus patitas y él se ríe. Nunca había visto un pez que supiera reír. Esto me hace dudar... Yo también he comenzado a cogerle gusto a los domingos. Supervisarla toda la semana es agotador. Debería haber más domingos. Antes eran insufribles, pero ahora me parecen útiles.

### *MIÉRCOLES*

No es un pez. No tengo ni idea de lo que es. Hace extraños ruiditos demoniacos cuando no está a gusto, y dice “gu-gu” cuando lo está. No es como nosotros, pues no camina; no es un ave, pues no vuela; no es un sapo, pues no brinca; no es una serpiente, pues no reptar; estoy seguro de que no es un pez, aunque no he tenido la oportunidad de averiguar si sabe nadar o no. No hace más que estar echado, casi siempre de espaldas, con los pies en el aire. No he visto que ningún otro

animal haga lo mismo. Dije que en mi opinión se trataba de un enigma, pero ella se limitó a admirar la palabra sin comprenderla. A mi juicio, es un enigma o algún tipo de bicho. Si se muere, tendré que desarmarlo para ver cómo está hecho. Nunca nada me había dejado tan perplejo.

### *TRES MESES DESPUÉS*

Mi perplejidad aumenta en vez de disminuir. Duermo muy poco. Ya no se la pasa tumbado, sino que pasea por ahí en cuatro patas. Pero se distingue de los demás cuadrúpedos en que sus patas delanteras son demasiado cortas, de modo que la parte principal de su cuerpo se eleva incómodamente en el aire, lo cual no es muy atractivo. Se parece a nosotros, pero su manera de desplazarse demuestra que no es de nuestra raza. Las cortas patas delanteras y las largas patas traseras indican que pertenece a la familia de los canguros, aunque debe de ser una especie diferente, puesto que el verdadero canguro salta y este nunca lo hace. Aun así se trata de una variedad curiosa e interesante, y nunca ha sido catalogada antes. Como yo la descubrí pensé que sería justo asegurarme el crédito de su descubrimiento poniéndole mi nombre, y por tanto he decidido llamarlo *Cangurorum adamiensis*... Debe de tratarse de un ejemplar muy joven, pues ha crecido mucho desde que lo

encontramos. Ahora debe de ser cinco veces más grande, y cuando está insatisfecho es capaz de hacer entre veintidós y treinta y ocho veces más de ruido que al principio. La coerción no afecta este aspecto, sino que produce el efecto contrario. Por este motivo dejé de aplicarla. Ella lo tranquiliza mediante la persuasión, y dándole cosas que anteriormente me había asegurado que no le daría. Como he observado antes, yo no estaba en casa cuando llegó, y ella me contó que lo encontró en el bosque. Me parece raro que solo haya uno, pero así debe ser: me he esforzado hasta el cansancio todas estas semanas tratando de encontrar otro para añadir a mi colección —y para que juegue con este, pues sin duda así estaría más tranquilo y podríamos amansarlo más fácilmente—, pero no he encontrado ninguno, ni siquiera los restos, y, más raro aún, tampoco huellas. No puede evitar vivir a nivel del suelo, entonces, ¿cómo hace para moverse sin dejar rastro? He puesto una docena de trampas, pero no sirven de nada. Atrapo toda clase de animales pequeños, excepto este. Creo que se meten en la trampa por pura curiosidad, para averiguar por qué está esa leche ahí: nunca se la beben.

*TRES MESES DESPUÉS*

El canguro no para de crecer, lo cual es muy extraño y desconcertante. Nunca vi ninguno que tardara tanto en hacerlo. Le ha salido pelo en la cabeza; no como el de los canguros, sino como el nuestro, solo que mucho más fino y suave, y rojo en vez de negro. Estoy a punto de perder la cabeza ante el caprichoso y absurdo desarrollo de este fenómeno zoológico inclasificable. Si tan solo pudiera atrapar otro..., pero es imposible: está claro que se trata de una nueva variedad y del único ejemplar. Sin embargo, atrapé un canguro auténtico y lo traje a casa, pensando que el nuestro, estando tan solo, preferiría su compañía, o la de cualquier animal que pudiera aportarle una sensación de familiaridad y simpatía, a la de un par de extraños que ignoran sus costumbres y no saben qué hacer para que se sienta a gusto, pero fue un error: se asustó tanto al verlo que me convencí de que nunca había visto uno antes. Compadezco al pobre y ruidoso animalito, pero no puedo hacer nada para que esté contento. Si pudiera domesticarlo..., pero es imposible; cuanto más trato, peor se pone. Me conmueve el corazón verlo padecer sus pequeños y apasionados ataques de aflicción. Propuse que lo dejáramos en libertad, pero ella no quiso ni hablar del asunto. Me pareció cruel e impropio de ella, y puede que tenga razón. Se

quedaría más solo que nunca, pues si yo no he podido encontrar otro, ¿cómo podría él?

*CINCO MESES DESPUÉS*

No es un canguro. No, porque se tiene en pie aferrándose al dedo de ella, avanza unos pasos en las patas traseras y luego se cae. Es probable que sea algún tipo de oso, pero no tiene cola —todavía— ni pelo, excepto en la cabeza. Sigue creciendo. Es una circunstancia curiosa, pues los osos crecen antes. Los osos son peligrosos —desde nuestra catástrofe— y no tardaré en ponerme intranquilo con este rondando por ahí sin bozal. Le propuse a ella que le conseguiría un canguro si deja que se vaya, pero no sirvió de nada: está decidida a correr toda clase de riesgos absurdos. No era así antes de perder la cabeza.

*QUINCE DÍAS DESPUÉS*

Le he examinado la boca. Todavía no hay peligro: solo tiene un diente. Aún no tiene cola. Ahora hace más ruido que antes..., sobre todo de noche. Me he ido de la casa, pero pasaré por allí en las mañanas para desayunar y comprobar si tiene

más dientes. Cuando tenga muchos, tendrá que irse, tenga o no tenga cola, pues un oso no necesita cola para ser peligroso.

#### *CUATRO MESES DESPUÉS*

He pasado un mes cazando y pescando en la región que ella llama Buffalo, no sé por qué, a menos que sea porque allí no hay búfalos. Entretanto, el oso ha aprendido a corretear por su cuenta en las patas traseras, y ahora dice “papá” y “mamá”. Desde luego se trata de una nueva especie. El balbuceo de estas palabras puede ser puramente accidental, por supuesto, y tal vez no signifique nada, pero aun así es extraordinario, y es algo que ningún otro oso puede hacer. Esta imitación del lenguaje, sumada a la ausencia parcial de pelo y a la ausencia total de cola, indica claramente que se trata de una nueva clase de oso cuyo estudio puede ser muy interesante. De momento, emprenderé una expedición a los lejanos bosques del norte para llevar a cabo una investigación exhaustiva. Sin duda debe haber otro en algún lugar, y este será menos peligroso cuando tenga compañía de su propia especie. Partiré enseguida, pero antes le pondré un bozal.

*TRES MESES DESPUÉS*

Ha sido una caza muy muy fatigante, pero no he tenido éxito. Mientras tanto, sin moverse de casa, ¡ella ha atrapado otro! Nunca he visto semejante suerte. Podría haber pasado cien años cazando en esos bosques y jamás me habría cruzado con uno.

*AL DÍA SIGUIENTE*

He estado comparando al nuevo con el anterior, y es perfectamente evidente que son de la misma raza. Iba a disecar uno para mi colección, pero ella se opuso por algún motivo, así que he abandonado la idea, aunque me parece un error. Sería una pérdida irreparable para la ciencia si escapan. El mayor es más dócil que antes y se ríe y habla como un loro, algo que sin duda debió aprender de pasar tanto tiempo con el loro y debido a un alto grado de desarrollo de su facultad de imitación. Me sorprendería que resultara siendo una nueva clase de loro, y al mismo tiempo no me extrañaría para nada, pues ya ha sido todo lo demás desde los días en que era un pez. El nuevo es tan feo como lo era el otro al principio: tiene la misma tez sulfúrea y como de carne cruda, y el mismo tipo de cabeza sin pelo. Ella lo llama Abel.

*DIEZ AÑOS DESPUÉS*

Son niños, lo descubrimos hace mucho tiempo. Lo que nos desconcertó fue que tuvieran una forma tan pequeña e inmadura; no estábamos acostumbrados. Ahora también hay niñas. Abel es un buen chico, pero si Caín hubiera seguido siendo un oso, le habría ido mejor. Después de todos estos años, ahora comprendo que me equivoqué respecto a Eva al principio; es mejor vivir fuera del Jardín con ella que dentro de él sin ella. Antes me parecía que hablaba demasiado, pero ahora lamentaría que su voz se callara y no hiciera parte de mi vida. ¡Bendito sea el castaño que nos unió y me enseñó a conocer la bondad de su corazón y la dulzura de su espíritu!

# DIARIO DE EVA

1905

(Traducido del original)

## SÁBADO

Ya tengo casi un día de edad. Llegué ayer. O eso me parece a mí. Y debe ser así, pues si hubo un día anterior a ayer yo no estuve allí cuando ocurrió, o lo recordaría. Puede ser, por supuesto, que lo haya habido y que yo sencillamente no me diera cuenta. En todo caso, a partir de ahora estaré muy atenta, y si vuelve a haber un día anterior a ayer tomaré nota. Lo mejor será comenzar enseguida y que el registro sea lo menos confuso posible, pues el instinto me dice que estos detalles algún día serán relevantes para el historiador. Me siento como un experimento, exactamente como un experimento; nadie podría sentirse más como un experimento que yo, así que estoy comenzando a convencerme de que eso es lo que *soy*: un experimento, solo un experimento y nada más.

Bueno, y si soy un experimento, ¿soy la única implicada? No, creo que no; me parece que todo lo demás también forma

parte de él. Yo soy la parte más importante, pero creo que lo demás también participa en el asunto. ¿Tengo asegurada mi posición o debo estar atenta para conservarla? Tal vez lo segundo. Mi instinto me dice que la vigilancia eterna es el precio de la supremacía. (Una frase muy ingeniosa para alguien tan joven, a mi modo de ver.)

Hoy todo tiene mejor aspecto que ayer. Por el afán de terminarlo todo, ayer las montañas quedaron muy escarpadas, y algunas llanuras estaban tan cubiertas de basura y desechos que su aspecto era un poco desalentador. Las obras de arte nobles y bellas no deberían hacerse con precipitación, y este majestuoso mundo nuevo desde luego es una obra noble y bella, sorprendentemente cercana a la perfección, a pesar de haber sido hecha en tan corto tiempo. Hay demasiadas estrellas en algunos sitios y no suficientes en otros, pero no cabe duda de que eso puede remediarse. Anoche la luna se desprendió, se deslizó hacia abajo y se salió de la composición: una gran pérdida; se me rompe el corazón de solo pensarlo. No hay ningún otro ornamento que sea comparable en cuanto a belleza y acabado. Debió haberse ajustado mejor. Si solo pudiéramos recuperarla...

Pero por supuesto es imposible saber a dónde fue a parar. Y además, quienquiera que la encuentre seguro se la va a quedar; lo sé porque es lo que haría yo. Creo que puedo ser honrada

en cuanto a todo lo demás, pero ya he comenzado a sospechar que el centro de mi naturaleza es el amor por la belleza, una pasión por lo hermoso, y no sería recomendable confiarme una luna que le perteneciera a otra persona si aquella persona no supiera que la tengo yo. Probablemente devolvería una luna si la encontrara a plena luz del día, porque temería que alguien me estuviera mirando, pero si la encontrara en la oscuridad, estoy segura de que hallaría alguna excusa para no decir nada. Me encantan las lunas, son tan bonitas y románticas. Me gustaría que tuviéramos cinco o seis; no me iría nunca a la cama, no me cansaría de tumbarme en el musgo a mirarlas.

Las estrellas también son lindas. Me encantaría poder ponerme unas en el pelo. Pero supongo que nunca podré hacerlo. Te sorprendería saber lo lejos que están, aunque no parezca. Anoche, cuando salieron por primera vez, traté de bajar algunas con un palo, pero no pude alcanzarlas, y me quedé sorprendida. Luego lo intenté a pedradas, hasta que se me cansó el brazo, pero no le atiné a ninguna. Debe ser porque soy zurda y no tengo buena puntería. Ni siquiera le atinaba a las que no les estaba apuntando, aunque estuve cerca, pues vi la silueta oscura de la piedra pasar justo en medio de los cúmulos dorados unas cuarenta o cincuenta veces y errar por muy poco, y si hubiera insistido un poco más tal vez le hubiera dado a una.

Así que lloré un poco, lo cual, supongo, es natural para alguien de mi edad, y después de haber descansado cogí un canasto y me encaminé hacia el borde más extremo del círculo, donde las estrellas debían de estar más cerca del suelo y podría alcanzarlas con la mano, lo que incluso sería más conveniente porque podría recogerlas con cuidado y no romperlas. Pero estaba más lejos de lo que pensaba, y al final tuve que desistir. Estaba tan exhausta que era incapaz de dar otro paso, y además me dolían mucho los pies.

No pude volver a casa: estaba demasiado lejos, pero encontré a unos tigres y me acurriqué entre ellos y estuve lo más de cómoda; su aliento era dulce y agradable porque se alimentan de fresas. Nunca antes había visto un tigre, pero los reconocí enseguida por las rayas. Si pudiera hacerme con una de sus pieles, me haría un vestido precioso.

Hoy comencé a entender mejor la cuestión de las distancias. Ansiaba tanto apropiarme de todas las cosas bonitas que trataba de cogerlas de la manera más insensata, a veces cuando estaban demasiado lejos, a veces cuando no estaban más que a pocas pulgadas pero parecían a un pie de distancia... ¡ay, y con espinas de por medio! Aprendí una lección, y también inventé un axioma por mi cuenta, el primero: “Experimento arañado huye de la espina”. Creo que es uno muy bueno para alguien tan joven.

Ayer por la tarde seguí al otro experimento desde lejos, tratando de averiguar para qué sirve. Pero no lo conseguí. Creo que es un hombre. Nunca había visto uno, pero parece un hombre, y estoy segura de que lo es. Por alguna razón siento más curiosidad por este que por los demás reptiles, suponiendo que sea un reptil, y creo que lo es, pues tiene el pelo desordenado y los ojos azules y parece uno. No tiene caderas; su cuerpo se estrecha como una zanahoria, y cuando está de pie separa las piernas como una grúa, así que creo que se trata de un reptil, aunque puede que solo sea su constitución.

Al principio me daba miedo, y salía corriendo cada vez que se volvía, pues pensaba que iba a perseguirme, pero más tarde descubrí que estaba tratando de escapar, así que dejé la timidez y estuve siguiéndolo varias horas a veinte yardas de distancia, lo cual lo puso nervioso e inquieto. Al final se notaba bastante agobiado y se trepó a un árbol. Esperé un buen rato, desistí y me fui a casa.

Hoy pasó lo mismo. Está de nuevo en el árbol.

### *DOMINGO*

Todavía sigue ahí arriba. Al parecer, descansando. Pero es solo un subterfugio: el domingo no es un día de descanso, el sábado fue designado para eso. Me parece una criatura más

interesada en descansar que en cualquier otra cosa. A mí me cansaría descansar tanto. Solo sentarme a vigilar el árbol me fatiga. Me pregunto, eso sí, para qué sirve; nunca lo he visto hacer nada.

Anoche volvieron a poner la luna, ¡y me hizo *tan* feliz! Creo que fue muy honrado de su parte. Se deslizó y volvió a caerse, pero ya no me angustia; con vecinos así, no hay de qué preocuparse; la colocarán de nuevo. Ojalá pudiera mostrarles mi agradecimiento. Me gustaría enviarles algunas estrellas, ya que tenemos más de las que necesitamos. Me refiero a *mí*, no a *nosotros*, pues es evidente que al reptil no le importan estas cosas.

Tiene gustos ordinarios y no es nada amable. Cuando volví ayer en el crepúsculo de la tarde, había bajado sigilosamente y estaba tratando de atrapar los pequeños peces moteados que juegan en el estanque, así que tuve que arrojarle un par de piedras para que regresara al árbol y los dejara en paz. Me pregunto si es para *eso* para lo que sirve. ¿Acaso no tiene corazón? ¿Es que no se compadece de aquellas pobres criaturas? ¿Será que fue diseñado y fabricado para hacer algo tan vil? Al menos eso parece. Una de las piedras lo golpeó en la oreja, y entonces empleó el lenguaje. Me dio un escalofrío, pues era la primera vez que oía a alguien utilizarlo aparte de mí. No comprendí las palabras, pero me parecieron muy expresivas.

Cuando descubrí que podía hablar se reavivó mi interés, pues me encanta hablar: hablo todo el día, incluso en sueños, y soy muy interesante, pero si tuviera con quien hablar, sería doblemente interesante y podría no callarme nunca.

Si este reptil es un hombre, entonces no es un animal, ¿cierto? Lo cual tendría consecuencias gramaticales, ¿no es así? Creo que lo correcto sería emplear el pronombre *él*. En ese caso se declinaría así: nominativo, *él*; dativo, *le*; posesivo, *su*. Bueno, pues lo consideraré un hombre y lo llamaré así hasta que descubra que es otra cosa. Será más práctico que tener tantas incertidumbres.

#### *DOMINGO DE LA SEMANA SIGUIENTE*

Estuve siguiéndolo toda la semana para que nos conociéramos. Tuve que abordarlo y dirigir la conversación porque es muy tímido, pero no me importó. Parecía contento de tenerme cerca, y comencé a referirme a los dos todo el tiempo como “nosotros”, para ser más sociable y porque parecía gustarle que lo incluyera.

*MIÉRCOLES*

Nos llevamos muy bien y cada vez nos vamos conociendo mejor. Ya no trata de evitarme, lo cual es una buena señal y demuestra que le agrada estar conmigo. Eso me gusta y me esfuerzo por serle útil de todas las maneras posibles, para que me aprecie más. Este último par de días lo he librado de la tarea de nombrar las cosas, y esto ha sido un gran alivio para él, pues no se le da muy bien, y es evidente que está muy agradecido. No podría pensar en un nombre adecuado aunque su vida dependiera de ello, pero procuro que no se percate de que soy consciente de este defecto. Siempre que aparece una nueva criatura me apresuro a ponerle nombre antes de que su silencio lo ponga en evidencia. De esta manera le he evitado múltiples vergüenzas. Yo no tengo este defecto. En cuanto le pongo el ojo a un animal, sé lo que es. No tengo que detenerme a reflexionar; el nombre indicado me llega al instante, como por inspiración, y sin duda debe serlo, pues un momento antes no lo sabía. Es como si supiera de qué animal se trata solo por su forma y la manera en que se comporta.

Cuando apareció el dodo, él pensó que era un gato montés..., lo vi en sus ojos. Pero le ahorré la vergüenza. Y tuve cuidado de hacerlo sin herir su orgullo. Simplemente hablé con sorpresa y naturalidad, como si mi intención no fuera

informarle de nada, y dije, “¡Vaya, pero si es un dodo!”, y procedí a explicarle —sin que pareciera que le estaba explicando— por qué sabía que se trataba de un dodo, y aunque me pareció que estaba un poco picado de que yo conociera un animal que él desconocía, su admiración por mí también era evidente. Fue muy agradable, y he pensado en ello varias veces antes de irme a dormir. ¡Qué felices pueden hacernos las cosas más pequeñas cuando sentimos que nos lo merecemos!

#### *JUEVES*

Mi primera desilusión. Ayer me evitó todo el día y parecía que no quería que le hablara. Yo me rehusaba a creerlo y pensé que se trataba de algún malentendido, pues me encanta estar con él y oírlo hablar. ¿Cómo era posible que se mostrara tan desagradable si no le había hecho nada? Pero al final resultó ser cierto, así que me retiré y me senté sola en el mismo sitio donde lo vi la mañana en que nos hicieron, cuando aún no sabía lo que era él y lo veía con indiferencia. Ahora se había convertido en un lugar triste; todo me recordaba a él y mi corazón estaba muy afligido. No sabía por qué exactamente, pues se trataba de una sensación nueva; no la había experimentado antes y era un misterio que no sabía resolver.

Pero cuando anocheció, no pude soportar la soledad y fui al nuevo refugio que ha construido, para preguntarle qué había hecho mal y qué podía hacer para enmendarlo y que volviera a ser amable conmigo, pero me sacó a la lluvia, y esa fue mi primera desilusión.

### *DOMINGO*

Ha vuelto a ser amable y estoy contenta, pero pasé unos días muy difíciles; procuro no pensar en ellos si puedo evitarlo.

Traté de conseguirle unas manzanas, pero no tengo buena puntería y fallé, aunque creo que le agradaron mis buenas intenciones. Están prohibidas, y él dice que acabaré por hacerme daño, pero ¿qué me importa hacerme daño si logro complacerlo?

### *LUNES*

Esta mañana le dije mi nombre, con la esperanza de que le interesara. Pero le dio igual. Es extraño. Si me dijera el suyo, me interesaría. Creo que sería más agradable para mis oídos que cualquier otro sonido.

Habla muy poco. Tal vez sea porque no es muy inteligente, y se avergüence de ello y trate de ocultarlo. Es una lástima

que piense así, porque la inteligencia no es nada; es en el corazón donde se encuentran los valores. Ojalá pudiera hacerle entender que un corazón bueno y compasivo es la mayor riqueza, y que sin él el intelecto se queda pobre.

Aunque casi no habla, tiene un vocabulario considerable. Esta mañana empleó una palabra muy buena. Evidentemente, él mismo se dio cuenta de que lo era, pues la soltó casualmente un par de veces después. No le salió tan natural, pero aun así demostró que posee una cierta capacidad de percepción. Sin duda, esa semilla podría crecer si se cultivara.

¿De dónde sacaría esa palabra? Yo no creo haberla usado nunca.

No, no le interesó mi nombre. Traté de ocultar mi decepción, pero supongo que no lo conseguí. Me fui y me senté en el musgo de la orilla con los pies en el agua. Es a donde voy cuando anhelo un poco de compañía, alguien a quien mirar o con quien hablar. Aquel bonito cuerpo blanco pintado sobre el agua no me basta, pero es algo, y ese algo es mucho mejor que la soledad absoluta. Habla cuando yo lo hago, está triste cuando yo lo estoy, me consuela con su compañía, me dice: “No te desanimes, pobre niña sin amigos; yo seré tu amiga”. *Es una buena amiga, la única que tengo, es mi hermana.*

¡La primera vez que ella me abandonó...! Ay, nunca lo olvidaré..., nunca, nunca. ¡El corazón me pesaba como si fuera de

plomo! Dije: “¡Ella era todo lo que tenía y ahora se ha ido!”. Desesperada, exclamé: “¡Rómpete, corazón, no soporto vivir así!”, y me cubrí la cara con las manos y no encontré consuelo. Y cuando al cabo de un rato las aparté, allí estaba ella de nuevo, blanca, brillante y hermosa, ¡y me lancé a sus brazos!

Fue una felicidad absoluta. Había conocido la felicidad antes, pero no así, pues fue como un éxtasis. Nunca volví a dudar de ella. A veces se aparta de mí..., tal vez una hora, o incluso el día entero, pero la espero sin dudarle. Me digo: “Debe estar ocupada o se habrá ido de viaje, pero volverá”. Y así es: siempre regresa. Por la noche no viene si está oscuro, pues es muy asustadiza, pero cuando hay luna siempre lo hace. Yo no le temo a la oscuridad, pero ella es más joven que yo: nació después de mí. Le he hecho muchas, muchas visitas; es mi consuelo y mi refugio cuando la vida se pone difícil..., lo cual es una constante.

### MARTES

Trabajé toda la mañana en mejorar la finca, procurando mantenerme alejada de él con la esperanza de que se sintiera solo y viniera a verme. Pero no lo hizo.

A mediodía terminé la jornada y dediqué mi tiempo de esparcimiento a revolotear por ahí con las abejas y las mariposas

y deleitarme con las flores, ¡esas bellas criaturas que capturan la sonrisa de Dios en el cielo y la conservan! Las recogí e hice coronas y guirnaldas, y me vestí con ellas mientras comía el almuerzo: manzanas, por supuesto; luego me senté a la sombra y lo esperé con ansias. Pero no vino.

Da igual. No habría servido de nada, a él no le gustan las flores. Dice que son una tontería, no puede distinguir una de otra y se cree superior por pensar así. No le importo yo, no le importan las flores, no le importa el colorido del cielo al atardecer... ¿Acaso hay algo que le importe, aparte de construir refugios para protegerse de la limpia y bondadosa lluvia y golpetear los melones y probar las uvas y palpar las frutas en los árboles para saber si ya están maduras?

Puse un palo seco en el suelo y traté de perforarlo con otro para llevar a cabo un plan que se me había ocurrido, pero no tardé en llevarme un susto tremendo. Un hilo transparente y azulado se alzó del agujero, y yo lo solté todo y salí corriendo. ¡Pensé que era un espíritu y me *asusté* mucho! Pero cuando volví la mirada, ya no había nada, así que me apoyé jadeando contra una roca a recuperar el aliento, y esperé a que me dejaran de temblar las piernas; luego volví con cautela, alerta, atenta, dispuesta a salir disparada si se presentaba la ocasión, y cuando estuve cerca, aparté las ramas de un rosal y me asomé, deseando que el hombre estuviera cerca, pues debía

verme muy bonita y valiente, pero el espíritu se había ido... Me acerqué y encontré una pizca de un delicado polvo rosa en el agujero. La toqué y grité ¡*auch!*, y aparté el dedo enseñada. Sentí un dolor despiadado. Me metí el dedo a la boca y, apoyándome en un pie y luego en el otro mientras gruñía, pude aliviar mi miseria. Luego sentí un gran interés y empecé a examinarlo.

Tenía curiosidad por saber qué era el polvo rosa. De repente se me ocurrió su nombre, aunque nunca antes lo había oído. ¡Era *fuego!* Estaba tan segura de ello como se puede estar de algo en el mundo. Así que, sin dudarlo, lo llamé así: “fuego”.

Había creado algo que no existía antes; había añadido una cosa nueva a las innumerables cualidades del mundo; comprendí esto y me enorgullecí de mi logro, y me disponía a salir corriendo a buscarlo para contárselo, pensando que así me tendría más aprecio, pero me puse a reflexionar y decidí no hacerlo. No..., no le importaría. Me preguntaría para qué servía, ¿y qué podría responderle? No *servía* para nada, solo era bonito, nada más que eso...

Así que solté un suspiro y no fui, pues no tenía ninguna utilidad: no servía para construir refugios, no podía mejorar la calidad de los melones, no podía apresurar la cosecha de frutas; era inútil, una tontería y una vanidad; lo despreciaría y me diría palabras hirientes. Pero para mí no era despreciable;

dije: “Oh, fuego, te amo, delicada criatura rosa, pues eres *hermoso...*, ¡y eso me basta!”, y estuve a punto de abrazarlo, pero me contuve. Entonces inventé otra máxima de la nada, aunque era tan parecida a la primera que temí que solo fuera un plagio: “Experimento quemado huye del fuego”.

Me puse a fabricar más, y cuando tuve una buena cantidad de polvo de fuego, lo vertí en un puñado de pasto seco con la intención de llevármelo a casa y tenerlo siempre conmigo y jugar con él, pero el viento lo alcanzó y comenzó a salpicar y escupirme ferozmente, así que lo solté y salí corriendo. Cuando miré atrás, el espíritu azul se había alzado en el aire y se estaba extendiendo y desplazando como una nube, y enseguida se me ocurrió su nombre: ¡*humo!*, aunque juro que jamás había oído esa palabra.

Pronto, unos resplandores amarillos y rojos se alzaron entre el humo y los nombré *llamas*, y acerté de nuevo, aunque estas eran las primeras llamas que había habido en el mundo. Treparon por los árboles, refulgieron de manera espléndida a través de enormes remolinos de humo, y yo no pude más que aplaudir y reír y bailar extasiada, ¡era algo tan nuevo y extraño y maravilloso y hermoso!

Él llegó corriendo, se detuvo a mirar y no dijo una sola palabra durante un buen rato. Luego me preguntó lo que era. Ah, era una pena que tuviera que hacerme una pregunta tan

directa. Tuve que responderle, por supuesto, y lo hice. Le dije que era fuego. Si le molestó que yo lo supiera y tener que preguntarme, no era mi culpa, yo no quería ofenderlo. Tras una pausa, preguntó:

—¿De dónde salió?

Otra pregunta directa, que también requirió de una respuesta directa.

—Yo lo hice.

El fuego se alejaba más y más. Él se aproximó al borde de lo quemado, se quedó mirándolo y dijo:

—¿Qué es eso?

—Carbón.

Recogió uno para examinarlo, pero cambió de parecer y volvió a dejarlo en el suelo. Luego se fue caminando. *Nada* le interesa.

Pero a mí sí me interesó. Había cenizas, grises, suaves, delicadas y bonitas... Supe lo que eran al instante. Igual que las brasas, que también reconocí enseguida. Encontré unas manzanas y las saqué con cuidado, y me alegró mucho, pues soy muy joven y tengo un gran apetito. Al principio me decepcionaron, estaban todas reventadas y parecían haberse estropeado, pero no era así: sabían mejor que las crudas. El fuego es hermoso; creo que algún día será útil.

## VIERNES

El lunes al caer la noche lo volví a ver, pero solo un momento. Tenía la esperanza de que me felicitara por tratar de mejorar la finca, pues mis intenciones habían sido buenas y había trabajado duro. Pero no estaba satisfecho, se dio la vuelta y se marchó. Tampoco le gustó que tratara de persuadirlo de que dejara de lanzarse por las cataratas. Lo hice porque el fuego me había revelado una nueva pasión —una muy singular y claramente diferente del amor, la tristeza y todas las que ya conocía—: el *miedo*. ¡Y es terrible! Ojalá nunca lo hubiera descubierto: me hace pasar muy malos ratos, arruina mi felicidad, me hace estremecer y temblar y sentir escalofríos. Pero no logré persuadirlo, pues él todavía no lo ha descubierto, así que no me comprende.

## “EXTRACTO DEL DIARIO DE ADÁN

”Quizás debería tener en cuenta que es muy joven, solo una niña, y hacer concesiones. Es entusiasta, vivaz y todo le interesa, para ella el mundo entero es motivo de maravilla, asombro, misterio y alegría; casi no puede hablar de la emoción cada vez que descubre una flor nueva; tiene que acariciarla y olerla y hablarle y ponerle nombres adorables. Y la enloquecen los colores: las piedras marrones, la arena amarilla,

el musgo gris, el follaje verde, el cielo azul, el color perlado del amanecer, las sombras púrpuras de las montañas, las islas doradas que flotan en los mares carmesís, la luna pálida que desgarrar las nubes, las estrellas que brillan como joyas en la inmensidad del espacio. Hasta donde puedo ver, ninguna de estas cosas tiene un valor práctico, pero a ella le basta con que sean coloridas y majestuosas, y pierde la cabeza por ellas. Sería un alivio y un espectáculo que se callara y se quedara quieta un par de minutos. En ese caso, creo que disfrutaría mirándola; de hecho, estoy seguro de que lo haría, pues he comenzado a darme cuenta de que es una criatura particularmente atractiva: ágil, esbelta, bien proporcionada, suave y agraciada, y una vez que, blanca como el mármol y bañada por el sol, se paró sobre una piedra con la cabeza echada hacia atrás y sombreándose los ojos con la mano para observar el vuelo de un pájaro en el cielo, tuve que admitir que era muy hermosa.

### *”LUNES A MEDIODÍA*

”Si hay algo en el planeta que no le interese, no está en mi lista. Hay animales que me son indiferentes, pero no a ella. No discrimina, todos le gustan; cree que cada uno es un tesoro y que todos son bienvenidos.

”Cuando el poderoso brontosaurio llegó casualmente al campamento, ella lo consideró una adquisición y yo una calamidad; ese es un buen ejemplo de la falta de armonía que hay entre nuestras maneras de ver las cosas. Ella quería domesticarlo, yo pensé en cederle el terreno y mudarme a otro lugar. Ella creía poder amansarlo con cariño hasta que llegara a ser una buena mascota; yo dije que una mascota de seis metros de alto y veinticinco metros de largo no era la más apropiada para tener rondando por ahí porque, incluso sin malas intenciones y sin querer hacernos daño, podría sentarse en la casa y aplastarla, y solo bastaba con mirarlo a los ojos para saber que era un distraído.

”Aun así, estaba empeñada en quedarse con aquel monstruo y no estaba dispuesta a olvidarse del asunto. Se le ocurrió que podríamos tener una lechería con él y quería que yo le ayudara a ordeñarlo, pero me negué; era demasiado arriesgado. El sexo no era el adecuado, y además no teníamos escalera. Luego quiso montarlo para ver el paisaje. Treinta o cuarenta pies de su cola yacían en el suelo como un árbol caído, y creyó poder trepar por ella, pero estaba equivocada: era demasiado resbaladiza y, cuando alcanzó la parte empinada, rodó de nuevo hasta abajo. Si no fuera por mí, se habría hecho daño.

”¿Estaba satisfecha? No. No se contenta con nada que no pueda demostrarse; las teorías sin comprobar no son lo suyo,

y no las acepta. Es la actitud correcta, lo reconozco; me gusta que la tenga y siento su influencia; si pasara más tiempo con ella creo que yo también la adoptaría. Bueno, pues aún le quedaba una teoría sobre aquel coloso: pensaba que si lo grábamos domesticarlo y que fuera nuestro amigo, podríamos usarlo como puente para cruzar el río. Resultó que ya era bastante manso —al menos para ella—, así que puso a prueba su teoría, pero fracasó: cada vez que lo metía en el río y se dirigía a la orilla para pasar por encima, él se salía del agua y la seguía como una mascota. Igual que los demás animales. Todos lo hacen”.

#### VIERNES

Martes..., miércoles..., jueves..., y hoy, pasé todos estos días sin verlo. Es mucho tiempo para estar sola, aunque es mejor estar sola que no sentirse bienvenida.

*Necesitaba* compañía —creo que es parte de mi naturaleza—, así que me hice amiga de los animales. Son tan encantadores, y muy amables y educados; nunca están amargados ni te hacen sentir que eres una molestia; te sonrían y mueven la cola, si la tienen, y siempre están dispuestos a corretear o a ir de excursión o a hacer cualquier cosa que les propongas. Creo que tienen auténtica nobleza. Estos días lo hemos

pasado muy bien, y no me he sentido para nada sola. ¡Sola! No, de ninguna manera. Siempre hay una multitud de ellos a mi alrededor —a veces ocupan hasta cuatro o cinco acres—, son incontables, y cuando me encaramo sobre una roca y miro por encima de la extensión de sus pieles, todo está tan moteado y vetado y salpicado de color y felicidad por sus cuerpos lustrosos que ondean bajo el sol que cualquiera pensaría que se trata de un lago, aunque sepa que no lo es, y hay tormentas de pájaros sociables, que levantan huracanes con sus alas, y cuando el sol lo ilumina, aquel revoltillo de plumas se enciende de tal cantidad de colores que encandila los ojos.

Hemos hecho largas excursiones, y he visto una buena parte del mundo; casi todo, o eso creo, así que soy la primera viajera, y la única. Cuando emprendemos la marcha, es impresionante: no hay nada comparable. Por comodidad voy montada en un tigre, porque es suave y tiene un lomo arqueado que me va muy bien, y porque son unos animales muy bonitos, pero, para largas distancias o para contemplar el paisaje, prefiero al elefante. Me sube con la trompa, pero puedo bajarme por mi cuenta; cuando nos disponemos a acampar, se sienta y yo me deslizo por la parte de atrás.

Todos los pájaros y los animales se llevan bien unos con otros, y nunca discuten por nada. Todos hablan, y me hablan

a mí, pero debe tratarse de una lengua extranjera, pues no puedo comprender ni una sola palabra de lo que dicen, aunque a veces me comprenden cuando les respondo, sobre todo el perro y el elefante. Me da vergüenza. Demuestra que son más inteligentes que yo, y por tanto superiores a mí. Me molesta, pues yo quiero ser el experimento principal..., y tengo la intención de serlo.

He aprendido varias cosas, y ahora soy muy culta, pero al principio no lo era. Era solo ignorante. Al principio me irritaba porque, por más atenta que estuviera, nunca lograba estar presente cuando el agua corría río arriba, pero ahora no me importa. He hecho un experimento tras otro y ahora sé que solo lo hace en la oscuridad. Sé que lo hace porque el estanque nunca se seca, lo cual obviamente sucedería si el agua no regresara en la noche. Es mejor comprobar las cosas mediante un experimento, solo así se puede estar *segura*, mientras que si se depende de suposiciones y conjeturas, nunca se aprende nada.

Hay cosas que *no* pueden averiguarse, pero es imposible saberlo con suposiciones y conjeturas; no, hay que ser paciente y seguir experimentando hasta descubrir que algo no puede saberse. Y es maravilloso que así sea, es lo que hace al mundo tan interesante. Si no hubiera nada que averiguar, sería aburrido. Tratar de averiguar algo y no conseguirlo es

tan interesante como tratar de averiguarlo y conseguirlo, o incluso más. El secreto del agua era un tesoro hasta que lo *descubrí*; luego se desvaneció toda la emoción y experimenté una sensación de pérdida.

Experimentando aprendí que la madera puede nadar, igual que las hojas secas y las plumas y muchas otras cosas; por tanto, a partir de toda esa evidencia acumulada, sé que una piedra también puede hacerlo, pero tengo que conformarme con saberlo, pues no hay manera de demostrarlo. No obstante, encontraré la manera..., y entonces *aquella* emoción desaparecerá también. Estas cosas me entristecen, porque, con el tiempo, cuando lo haya averiguado todo, ya nada me emocionará, ¡y me gusta tanto emocionarme! La otra noche no podía dormir de solo pensarlo.

Al principio no lograba comprender para qué me hicieron, pero ahora creo que fue para descubrir los secretos de este mundo tan maravilloso, y ser feliz y estar agradecida con el Creador por concebirlo. Todavía quedan muchas cosas por aprender..., o eso espero, y si las economizo y no me apresuro, creo que durarán muchas semanas. Ojalá sea así. Cuando sueltas una pluma, flota en el aire y desaparece de vista; cuando arrojas una piedra, no lo hace. Siempre cae. Lo he intentado una y otra vez, y siempre ocurre lo mismo. Quisiera saber por qué. Por supuesto *no* cae, pero ¿por qué *parece* que lo hace?

Supongo que se trata de una ilusión óptica, es decir, alguna de las dos debe serlo. No sé cuál. Tal vez la pluma, tal vez la piedra; no puedo demostrarlo, tan solo puedo demostrar que una de las dos es falsa y que cada quien decida.

Con solo observarlas, sé que las estrellas no van a durar. He visto a algunas de las mejores disolverse y caer del cielo. Si una puede disolverse, todas pueden hacerlo, y si todas pueden hacerlo, podría suceder en una misma noche. Sé que esa pena profunda llegará algún día. Pienso pasarme todas las noches mirándolas hasta quedarme dormida, así grabaré esos campos de centellas en mi memoria y, cuando desaparezcan, podré restaurar esas preciosas miríadas en el negro cielo y haré que brillen de nuevo, y las duplicaré con mis lágrimas.

## DESPUÉS DE LA CAÍDA

Cuando miro hacia atrás, el Jardín me parece un sueño. Era hermoso, más allá de hermoso, encantadoramente hermoso, y ahora se ha perdido y no volveré a verlo jamás.

El Jardín se ha perdido, pero lo he encontrado a *él*, y estoy contenta. Me quiere tanto como puede; yo lo amo con toda la fuerza de mi naturaleza apasionada, tal y como creo que corresponde a mi edad y mi sexo. Cuando me pregunto por qué lo amo, no sé qué responder y realmente no me importa

saberlo, así que supongo que esta clase de amor nada tiene que ver con la razón ni las estadísticas, como el amor por los reptiles y los animales. Debe de ser así. Amo a ciertos pájaros por su canto, pero no amo a Adán por su manera de cantar..., no, no es eso: cuanto más canta, menos puedo tolerarlo. Y sin embargo le pido que lo haga, porque quiero aprender a cogerle gusto a todo lo que le interesa. Estoy segura de que puedo, porque al principio no podía soportarlo pero ahora sí. Hace que se corte la leche pero no me importa, puedo acostumbrarme a la leche agria.

No lo amo por su inteligencia..., no, no es eso. No tiene la culpa de no ser muy inteligente, pues no se hizo a sí mismo, es tal como lo creó Dios y eso es suficiente. Lo hizo así por una buena razón, de *eso* estoy segura. Con el tiempo se desarrollará, aunque creo que no será pronto, y además no hay prisa: me gusta tal como es.

No lo amo por sus maneras atentas, amables y delicadas. No, tiene algunas carencias en estos aspectos, pero así está bien y va mejorando.

No es por su laboriosidad que lo amo..., no, no es eso. Creo que en el fondo es trabajador, y no entiendo por qué me lo oculta. Es mi único pesar. Por lo demás, es franco y sincero conmigo. Estoy segura de que no me oculta nada aparte de esto. Me duele que me tenga secretos, y a veces no puedo dormir de

pensar en ello, pero lo apartaré de mi mente; no dejaré que perturbe mi felicidad, que por lo demás me colma completamente.

No lo amo por su cultura..., no, no es eso. Es autodidacta, y realmente sabe muchas cosas, aunque tampoco tantas.

No es por su caballerosidad que lo amo..., no, tampoco es eso. Me acusó, pero no lo culpo; creo que es una peculiaridad de su sexo, y él no lo creó. Por supuesto, yo no lo habría hecho, antes habrían tenido que matarme, pero esa es una peculiaridad de mi sexo, y no voy a atribuirme el crédito, pues yo no lo creé.

Entonces, ¿por qué lo amo? Creo que es *solo porque es masculino*.

En el fondo es bueno, y lo amo por eso, pero podría amarlo sin que lo fuera. Si me golpeara y me insultara, lo seguiría queriendo. Lo sé. Es una cuestión de sexo, creo.

Es fuerte y apuesto, y lo amo por eso, y lo admiro y me siento orgullosa de él, pero podría amarlo aunque careciera de estas cualidades. Si fuera ordinario, lo amaría; si estuviera enfermo, lo amaría y trabajaría para él, y sería su esclava y rezaría por él y lo velaría hasta mi muerte.

Sí, creo que lo amo solo porque es *mío* y es *masculino*. Supongo que no hay otro motivo. Es lo que dije al principio: este tipo de amor no es producto de la razón y las estadísticas.

Simplemente *llega* —nadie sabe de dónde—, y no puede explicarse. Y tampoco hace falta explicarlo.

Esta es mi opinión. Aunque solo soy una niña, y la primera en examinar este asunto, y debido a mi ignorancia y mi inexperiencia podría estar equivocada.

## CUARENTA AÑOS DESPUÉS

Rezo y anhelo porque abandonemos esta vida juntos..., un anhelo que nunca desaparecerá de la tierra, sino que perdurará en el corazón de toda mujer enamorada, hasta el fin de los tiempos, y será llamado por mi nombre.

Pero si uno de los dos debe partir antes, rezo por que sea yo, pues él es fuerte y yo débil. No me necesita tanto como yo a él..., la vida sin él no sería vida: ¿cómo podría soportarla? Este ruego también es inmortal, y no dejará de repetirse mientras perdure mi estirpe. Soy la primera mujer, y también seré la última.

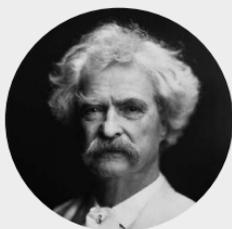
## EN LA TUMBA DE EVA

ADÁN: Dondequiera que estuviera ella, *ahí* estaba el Paraíso.



## NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

Esta traducción de *Diarios de Adán y Eva y otros relatos*, de Diego Uribe-Holguín, fue resultado de la beca convocada por Idartes en 2023. La edición que se usó de referencia fue *The Complete Short Stories of Mark Twain* (Bantam Books, 2005). También se consultaron, para esta edición, los siguientes relatos: “A Dog’s Tale” (Harper & Brothers, 1904), “Jim Baker’s Bluejay Yarn” (tomado de *A Tramp Abroad*, American Publishing Company, 1880), “The Million-Pound Bank-Note” (tomado de *The £1,000,000 Bank-Note and Other New Stories*, Musson Book Company, 1900), “How I Edited an Agricultural Paper” (tomado de *Mark Twain’s Sketches, New and Old*, American Publishing Company, 1882), *Extracts from Adam’s Diary* (Harper & Brothers, 1904) y *Eve’s Diary* (Harper & Brothers, 1906).



## MARK TWAIN

Samuel Langhorne Clemens, quien escribió bajo el seudónimo de Mark Twain, nació en Florida, Missouri, en 1835. Pasó su infancia en la ciudad de Hannibal, sobre el río Mississippi, y dejó su hogar en 1853 para trabajar como aprendiz de impresor y periodista. En 1857, se convirtió en piloto de botes en el Mississippi, una carrera que terminó con el estallido de la Guerra Civil. Tras un breve periodo en las milicias confederadas, Clemens viajó a Nevada, donde fracasó en su intento de hacerse rico en la minas de plata pero descubrió el potencial de cavar como escritor en sus experiencias personales. En 1863 utilizó por primera vez Mark Twain como seudónimo, una medida de profundidad empleada por los navegantes fluviales. Agudo humorista, magistral satirista, gran novelista, memorable escritor de viajes y talentoso ensayista, Mark Twain se convirtió en el escritor más popular de los Estados Unidos. Su celebración de los mejores impulsos de sus semejantes y sus ataques fulminantes contra los peores le han procurado el afecto de miles de lectores en todos los rincones del mundo. Murió en 1910.



## DIEGO URIBE-HOLGUÍN

Traductor literario y editor de *Hambre*, una editorial de libros salvajes. Entre otras cosas, ha traducido un cuento de Nathaniel Hawthorne y la novela *Kes*, de Barry Hines. Además de a Mark Twain, *Libro al Viento* le ha dado la oportunidad de traducir a otro de sus autores favoritos, Henry David Thoreau. Traduce por instinto y con algo de método, a veces no sin cierto desconcierto, dispuesto a llenar una casa de bellotas a través de un agujero en el techo.



## **Libro al Viento**

---

COLECCIÓN UNIVERSAL

Es de color naranja y en ella se agrupan todos los textos que tienen valor universal, que tienen cabida dentro de la tradición literaria sin distinción de fronteras o épocas.

- |           |                                                                                                           |           |                                                                                                                                            |
|-----------|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|-----------|--------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|
| <b>1</b>  | <b>ANTÍGONA</b><br><i>Sófocles</i>                                                                        | <b>18</b> | <b>ALGUNOS SONETOS</b><br><i>William Shakespeare</i><br><i>De traducción: William Ospina</i>                                               |
| <b>4</b>  | <b>CUENTOS</b><br><i>Julio Cortázar</i>                                                                   | <b>19</b> | <b>EL ÁNGEL Y OTROS CUENTOS</b><br><i>Tomás Carrasquilla</i>                                                                               |
| <b>7</b>  | <b>EL GATO NEGRO Y OTROS CUENTOS</b><br><i>Edgar Allan Poe</i><br><i>Traducción: Javier Escobar Isaza</i> | <b>20</b> | <b>IVÁN EL IMBÉCIL</b><br><i>León Tolstoi</i><br><i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i>                                  |
| <b>8</b>  | <b>EL BESO Y OTROS CUENTOS</b><br><i>Anton Chejov</i><br><i>Traducción: Editorial Norma</i>               | <b>21</b> | <b>FÁBULAS E HISTORIAS</b><br><i>León Tolstoi</i>                                                                                          |
| <b>9</b>  | <b>EL NIÑO YUNTERO</b><br><i>Miguel Hernandez</i>                                                         | <b>22</b> | <b>LA VENTANA ABIERTA Y OTROS CUENTOS SORPRENDENTES</b><br><i>León Tolstoi</i><br><i>De traducción: Margarita Catalina Valencia Vargas</i> |
| <b>11</b> | <b>EL CURIOSO IMPERTINENTE Y UN ELOGIO A LA LECTURA</b><br><i>Miguel de Cervantes</i>                     | <b>24</b> | <b>SIMBAD EL MARINO</b><br><i>Relatos de las Mil y Una Noche</i>                                                                           |
| <b>14</b> | <b>LA CASA DE MAPUHI Y OTROS CUENTOS</b><br><i>Jack London</i>                                            |           |                                                                                                                                            |

- 25** LOS HIJOS DEL SOL  
*Eduardo Caballero Calderón*
- 27** DR. JEKYL Y MR. HYDE  
*Robert Louis Stevenson*
- 28** POEMAS COLOMBIANOS  
*Antología*
- 29** TRES HISTORIAS  
*Guy de Maupassant*
- 30** ESCUELA DE MUJERES  
*Molière*
- 31** CUENTOS PARA NIÑOS  
*Anónimo*
- 32** CUENTOS LATINOAMERICANOS I  
*Adolfo Bioy Casares, Carlos Fuentes, Juan Carlos Onetti*
- 34** CUENTOS LATINOAMERICANOS II  
*Gabriel García Márquez, Juan Rulfo, Rubem Fonseca*
- 35** BARTLEBY  
*Herman Melville*
- 37** CUENTOS LATINOAMERICANOS III  
*Julio Ramón Ribeyro, Alfredo Bryce Echenique*
- 38** CUENTOS LATINOAMERICANOS IV  
*José Donoso, Sergio Pitlor, Guillermo Cabrera Infante*
- 41** CUENTOS LATINOAMERICANOS V  
*Mario Vargas Llosa, Felisberto Hernández, Salvador Garmendia*
- 43** CANCIÓN DE NAVIDAD  
*Charles Dickens*
- 44** MITOS DE CREACIÓN  
*Selección de Julio Paredes*
- 46** MISA DE GALLOY OTROS CUENTOS  
*Joaquim Maria Machado de Assis*
- 49** CUENTOS PARA RELEER  
*Horacio Quiroga, Katherine Mansfield, Italo Svevo, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, José María Eça de Queirós*
- 52** EL CORAZÓN DE LAS TINIEBLAS  
*Joseph Conrad*
- 53** CUENTOS  
*Saki*
- 54** CINCO RELATOS INSÓLITOS  
*H. P. Lovecraft*
- 57** LA VIDA ES SUEÑO  
*Calderón de la Barca*
- 58** POEMAS ILUMINADOS  
*Santa Teresa de Jesús  
Fray Luis de León  
San Juan de la Cruz*

- 60** HISTORIAS CON MISTERIO  
*Ueda Akinari*
- 61** CANTOS POPULARES DE MI TIERRA  
*Candelario Obeso*
- 62** UNA CIUDAD FLOTANTE  
*Julio Verne*  
*Traducción: Alejandra de Vengoechea*
- 66** RELATOS EN MOVIMIENTO  
*Manuel Gutiérrez Nájera*
- 67** HISTORIAS DE MUJERES  
*Luisa Valenzuela*
- 68** TIERRA DE PROMISIÓN  
*José Eustasio Rivera*
- 74** LA HISTORIA DE RASELAS, PRÍNCIPE DE ABISINIA  
*Samuel Johnson*  
*De traducción: Diego García Sierra*
- 75** ANACONDA Y OTROS CUENTOS  
*Horacio Quiroga*
- 77** ESCRIBIR EN BOGOTÁ  
*Juan Gustavo Cobo Borda*
- 78** EL PRIMER AMOR  
*Iván Turguéniev*
- 81** ALGUNOS ESPECTROS ORIENTALES  
*Lafcadio Hearn*
- 84** FICCIONES DESDE BRASIL  
*Varios autores*
- 85** LAZARILLO DE TORMES  
*Anónimo*
- 86** ¿SUEÑAN LOS ANDROIDES CON ALPACAS ELÉCTRICAS? ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN LATINOAMERICANA  
*Varios autores*
- 90** QUILLAS, MÁSTILES Y VELAS. TEXTOS PORTUGUESES SOBRE EL MAR  
*José Maria Eça de Queirós*
- 91** ONCE POETAS BRASILEROS  
*Varios autores*
- 98** POESÍA SATÍRICA Y BURLESCA  
*Francisco de Quevedo*
- 99** DIEZ CUENTOS PERUANOS  
*Varios autores*
- 100** TRES CUENTOS Y UNA PROCLAMA  
*Gabriel García Márquez*
- 102** DE MIS LIBROS  
*Álvaro Mutis*
- 103** CARMILLA  
*Sheridan Le Fanu*
- 107** TRES CUENTOS DE MACONDO Y UN DISCURSO  
*Gabriel García Márquez*

- 108** CARTA SOBRE LOS CIEGOS  
PARA USO DE LOS QUE VEN  
*Denis Diderot*
- 110** 50 POEMAS DE AMOR  
COLOMBIANOS  
*Varios autores*
- 111** EL MATADERO  
*Esteban Echeverría*
- 113** EL CASTILLO DE OTRANTO  
*Horace Walpole*
- 116** ONCE POETAS  
HOLANDESES  
*Varios autores*
- 119** GUADALUPE AÑOS SIN  
CUENTA  
*Teatro La Candelaria*
- 120** PRELUDIO SEGUIDO DE LA  
CASA DE MUÑECAS  
*Katherine Mansfield*  
*Traductora: Erna von der Walde*
- 121** SYLVIE, RECUERDOS DEL  
VALOIS  
*Gérard de Nerval*  
*Traductor: Mateo Cardona*
- 122** ONCE POETAS FRANCESES  
*Varios autores*
- 124** BODAS DE SANGRE  
*Federico García Lorca*
- 127** LA HISTORIA DEL BUEN  
VIEJO Y LA BELLA  
SEÑORITA  
*Italo Svevo*
- 128** LA MARQUESA DE O.  
*Heinrich von Kleist*
- 132** ONCE POETAS  
ARGENTINOS  
*Varios autores*
- 135** EL HORLA  
*Guy de Maupassant*
- 137** SHAKESPEARE, UNA  
INDAGACIÓN SOBRE EL  
PODER.  
*Estanislao Zuleta*
- 139** CUENTOS MÍTICOS DEL  
SOL, LA AURORA Y LA  
NOCHE  
*Teófilo Braga*  
*Traducción Beatriz Peña trujillo*
- 144** NOVELA DE AJEDREZ  
*Stefan Zweig*
- 145** RELATOS DE FANTASMAS  
*Edith Wharton*
- 146** AL AMPARO DEL BOSQUE  
*Varios autores*
- 149** DIEZ CUENTOS DEL  
DECAMERÓN  
*Giovanni Boccaccio*

- 150** VIAJE ALREDEDOR DE MI  
HABITACIÓN  
*Xavier de Maistre*
- 153** UN CORAZÓN SENCILLO  
*Gustave Flaubert*
- 159** UN AVE POSADA ALLÁ A  
LO LEJOS  
14 TEXTOS BREVES  
*Virginia Woolf*
- 160** SEIS PERSONAJES EN  
BUSCA DE AUTOR  
*Luigi Pirandello*
- 161** VACÍO Y OTROS CUENTOS  
*Andrés Caicedo*
- 164** POR FIN HA COMENZADO  
EL FIN  
*Eun Heekyung, Han Kang,  
Jung Young Su,  
Kim Kyung-uk y Lee Moon-jae*
- 165** IDEAS DE CANARIO  
*Joaquim Machado de Assis*
- 169** EL HOMBRE QUE EL AGUA  
SE LLEVÓ  
*Fabio Morábito*
- 172** UN ARTISTA DEL HAMBRE  
*Franz Kafka*
- 176** ENTRE LA ESPADA Y LA  
ROSA  
*Marina Colasanti*



Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código  
e ingresa a la biblioteca digital,  
donde tendrás a disposición  
más de 100 de nuestros títulos.



# CANCHOJO



*Diarios de Adán y Eva y otros relatos* fue editado por el Instituto Distrital de las Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo el número 181, y se imprimió en el mes de marzo del año 2025 en Bogotá.



181

“En estos bellos seis relatos [...] podemos encontrar una y otra vez la sutil obsesión de Twain por el lenguaje y sus manifestaciones tanto negativas, absurdamente negativas, como positivas en sus poderes de expresión afectiva y sensible. Una obsesión que el nativo de Missouri lleva a los límites críticos cuando considera el lenguaje de los animales y sus adversidades por tratar de entender a la criatura humana”.

Óscar Torres Duque



COLECCIÓN UNIVERSAL

libro al  
viento



INSTITUTO  
DISTRITAL DE LAS ARTES  
IDARTES

